

que no tardó en voltearse, y en ese instante él pudo apreciar cómo el alivio se dibujaba en el rostro de su amiga. Rápidamente se incorporó y lo abrazó. Nunca nadie había estado tan contento de verlo, y se convenció de que había tomado la decisión correcta.

—Acabo de vivir algo muy extraño —balbuceó ella—. No sabía si sólo estaba soñando, o si... si tal vez...

—...si tal vez la leyenda era cierta. Lo sé, yo también lo viví. Todo estaba oscuro, y había dos puertas. Tenía que escoger una.

—Y al parecer ambos elegimos la puerta blanca. —El miedo se reflejaba en su voz. Ella parecía aterrada, y Leo deseó con todas sus fuerzas intentar tranquilizarla, convencerla de que no había nada de qué preocuparse, pero ahora ni siquiera él estaba seguro de eso. No había explicación para lo que acababan de experimentar.

—No se me ocurrió que tú también estarías en la misma situación —dijo él.

—Yo lo sospechaba, pero no sabía si...

—...no sabías si yo elegiría la misma opción.

Ella asintió.

—¿Lo ves? —dijo con voz entrecortada—. ¿No te lo dije? ¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué vamos a hacer? ¿Significa esto que dormiremos para siempre? Sabía que la leyenda debía ser cierta.

—Aún no sabemos eso.

—¿Pero qué otra cosa puede ser? No puede ser nada bueno. Yo no quiero...

La besó.

Se hizo un silencio prolongado. Cuando sus labios finalmente se separaron, se miraron un largo rato sin decir nada. Se besaron de nuevo, esta vez por más tiempo, y luego se desplomaron sobre la arena. Entre besos y caricias comenzaron a desvestirse mutuamente. Él le quitó lentamente la túnica negra; luego ella le arrancó enérgicamente la ropa de dos tirones. Pese a estar soñando, la calidez del tacto de sus pieles desnudas juntas se sentía casi real. Ella abrió los muslos y le apesó la boca con los labios. Leo jadeó cuando ella lo buscó con la mano derecha, lo encontró, lo guió hacia dentro. Cuando la penetró ambos cerraron los ojos y ella comenzó a moverse lentamente con la cabeza hacia atrás, en movimientos rítmicos, mientras él le rozaba los pechos perfectos. No pensaban en nada, y no querían pensar en nada. Nada más importaba. Ambos desearon que la fusión de placer que los unía no cesara jamás, pero estaban soñando y los sueños siempre terminan.

Y, una vez más, su deseo no se cumplió.

La noche había huido hacia varias horas cuando Leo abrió los ojos. No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo. Miró a su alrededor; esta vez no había ningún molesto despertador gritándole para que se levantara. Todo lo contrario; a sus oídos llegaba el sonido confortable de la marea que subía y bajaba una y otra vez, lamiendo la arena. A su lado estaba Variana y los dos estaban desnudos, como lo habían estado incontables veces juntos. De pronto lo invadió una extraña sensación, como si algo

Como mariposas nocturnas frente a un farol, las muchedumbres solitarias actuales involucionan deslumbradas por perspectivas hipotéticamente progresistas.

Masas anónimas, homogeneizadas por discursos edulcorados de gurúes y profetas mediáticos, se vuelven herramientas inertes para perpetuar un sistema que tiende al inmovilismo, cuando alguna vez —obligadas o voluntariamente— construyeron pirámides, palacios o templos. Forjaron o derribaron imperios; descubrieron nuevos mundos.

Sus integrantes no eran diferentes de nosotros. Tenían las mismas necesidades básicas, las mismas emociones. Ello tanto para el común como para el individuo singular, ese que se distingue por algún motivo en medio de la multitud. Pero, como pasa una y otra vez a lo largo de la historia, las sociedades van perdiendo el impulso vital que las lleva a la trascendencia y parecen aferrarse a una blanda mollicie, a contentarse con mantener un statu quo que permita conservar mezquinos logros.

Cuando Roma decayó, sus ciudadanos ya descreían de sus antiguos dioses y las antiguas tradiciones se habían convertido poco menos que en ritualismos de forma. Algunas mentes lúcidas buscaron insuflar un hálito vivificante, apoyando nuevas visiones del mundo a partir de los cultos de Mitra o del Sol Invicto, entre otros, pero lo que permitió rescatar importantes vestigios de aquella cultura, en medio de un inevitable derrumbe, fue una religión que a primera vista parecía destinada al fracaso.

Dos milenios después, Occidente parece sumido en un nuevo estancamiento. Las potencias dominantes, luego de dos guerras mundiales, bajan línea

a sus satélites idolatrando una democracia formal, apuntalada en los dogmas de los derechos humanos.

Bajo la premisa de lo políticamente correcto, se aprueban leyes por las que uno puede pedir que lo consideren un potus, en lugar de un ser humano, porque se siente una planta, pese a que el ADN diga lo contrario, porque ése es su derecho.

Al mismo tiempo, la prepotencia es el único medio de diálogo y la mezquindad y estrechez de miras llevan a oponerse automáticamente a la opinión del Otro, al que se ve como enemigo, aunque ello implique cambiar de discurso. Así, aunque siempre se haya alertado sobre el riesgo de entablar contacto con extraterrestres, hay que mantener relaciones carnales con ellos cuando el opositor dice que son peligrosos.

Mientras tanto, la Tierra sigue orbitando en torno al Sol y por eso **NM** continúa su marcha, tratando de superar las vicisitudes. Una computadora puede descomponerse cerca de la fecha de cierre, pero siempre hay alguien que ofrece otra máquina en comodato o que contribuye de algún modo para mantener vivo el proyecto.

Algunos pueden pensar que su ayuda no fue suficiente, pero no es cierto. El esfuerzo para solucionar los problemas tiene que salir de uno mismo, no de limosnas. Lo importante es saber que todos están ahí y que este medio les interesa. Por eso el gesto de realizar las donaciones tiene un valor que supera la cuestión pecuniaria y siempre es un aliciente cuando, de tanto en tanto, un lector satisfecho demuestra que está ahí, del otro lado de estas páginas.

Mil gracias a todos por su interés en la difusión de la nueva literatura fantástica panhispánica.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 4. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4 y Gimp 2. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con jPDF Tweak 1.1.

unos instantes en abrirla, pero rápidamente se percató de lo ridículo que era su temor. ¿De qué debía tener miedo? Estaba soñando. Nada malo podía ocurrirle. Aproximó la mano al picaporte y abrió la puerta.

No necesitó entrar para saber lo que había del otro lado. Fue como si al abrir esa brillante puerta blanca una visión hubiera acudido a su mente, una visión clara y fugaz. En ella, vio territorios y paisajes extravagantes pero familiares: las inconfundibles tierras de Ensueño. No obstante, él no podía verlas con sus ojos. Del otro lado de la puerta no había nada, sólo oscuridad.

De pronto oyó un sonido musical y se dio la vuelta. Ahora veía, donde antes no había nada, una gran puerta brillante, casi idéntica a la que acababa de abrir, sólo que ésta era roja.

No entendía qué estaba ocurriendo. Sabía que estaba soñando, por supuesto, pero todo eso era muy confuso. Pensó en atravesar la puerta blanca para regresar a Ensueño de una vez, pero la curiosidad lo dominó. Se dirigió hacia la puerta roja y la abrió. Como era de esperar, del otro lado sólo había oscuridad, pero esta vez su mente vio calles, casas, edificios y personas a las que veía siempre que estaba despierto; era, obviamente, Guvar.

Ahora parecía comprender. Tenía que escoger. La puerta blanca conducía a Ensueño y la puerta roja a Guvar. Entonces recordó la leyenda de la que había hablado Variana. ¿Sería todo esto obra del Dios del Sueño, otorgándole una elección, o era simplemente un sueño? A esta altura

ya nada le parecía inverosímil. Si la leyenda era cierta, al elegir la puerta blanca su cuerpo dormiría hasta el momento de su muerte, sin poder despertar. Si optaba por la puerta roja despertaría en su habitación de siempre, en su casa de Guvar, en Evorden, y probablemente nunca volvería a ver a Variana. O quizá no ocurriría nada de eso. “A veces las leyendas son metáforas”, había dicho ella. Tal vez sucedería otra cosa completamente diferente. O tal vez no...

En Ensueño, junto a ella, muchas veces había anhelado no volver a despertar, pero realmente no deseaba dormir por siempre. Estuvo a punto de atravesar la puerta roja; ya tenía un pie dentro cuando reflexionó un largo rato, para finalmente retroceder. Siempre había sido más feliz en Ensueño, y no estaba dispuesto a separarse de Variana. Su mirada se clavó en una puerta, luego en la otra, y de nuevo en la otra, sucesivamente, sin saber qué hacer. Se decía a sí mismo que eso no era más que un sueño, pero no sería la primera vez que se equivocaba al respecto. Meditó mucho, mucho tiempo.

Y al final atravesó la oscuridad que la puerta blanca encerraba.

Se encontró a sí mismo observando el mar. Sus pies descalzos pisaban arena y la noche envolvía el mundo. Había alguien más allí. No muy lejos, una figura estaba sentada en la orilla; el agua le lamía el cuerpo cada vez que la marea avanzaba contra la costa. A pesar de que estaba de espaldas, la reconoció inmediatamente. Leo se acercó a ella. Variana debió de haber escuchado sus pasos, por-

oído hablar de ella. Son muy pocos los desafortunados que la sufren, y de seguro se trata de alguna extraña condición médica.

—¿Cómo estás tan seguro? Tal vez nos eligió el Dios del Sueño y por algún motivo nos está haciendo esto. ¿Quién sabe?

Él se echó a reír.

—Vamos, no vas a decirme que crees en un Dios del Sueño y esas cosas. Son solamente historias. Los dioses no existen. Además, esa leyenda no explica por qué los dos estamos aquí.

—Bueno... sí, quizá tengas razón. —Ella no era tan ingenua como para creer en dioses—. Pero también es posible que seamos prisioneros de algo que no podemos comprender. A veces las leyendas son metáforas, mensajes, consejos... Tal vez, en lugar de dioses y secretos, haya algo similar, algo que explique por qué estamos los dos aquí juntos. Quizá todos los que padecen esta enfermedad están atados a otra persona mientras sueñan, como nosotros... No olvides que no hay explicación alguna a lo que nos sucede. Ninguna explicación lógica, por lo menos. Tal vez algo o alguien nos está usando para su propio entretenimiento, como si fuéramos juguetes empleados para su diversión.

Leo se acercó a ella. Le tomó la mano y la miró fijamente. La nieve no dejaba de caer.

—Sinceramente ya ni siquiera me importa por qué podemos compartir nuestros sueños, siempre y cuando podamos seguir haciéndolo —dijo él—. Y a decir verdad, no quiero sa-

berlo. Creo que es mejor así. Pero si de verdad alguien nos ha juntado por alguna razón, le estoy agradecido. Estos últimos meses han sido los mejores de mi vida. Me siento una persona distinta. Ven, sé de algo que te animará. Volemos a la luna.

Sin soltarse las manos, se elevaron del suelo y ascendieron hacia el cielo. Desde arriba, envuelto en el velo de la noche, el mundo que juntos habían construido se veía tan seductor como absorbente. Atravesaron el espacio y llegaron a la luna. Observaron su mundo desde allí un largo rato, sin decir nada. Él tenía razón. ¿Qué importaba el motivo por el cual eran capaces de vivir eso? A ninguno de los dos le importaba. Esa noche ambos desearon no despertar jamás.

Pero su deseo no se cumplió.

Una noche, al quedarse dormido, Leo no apareció en Ensueño. Se encontró a sí mismo en un lugar devorado por la oscuridad. ¿Sería obra de Variana? Aparentemente no: todos sus intentos de modificar ese lugar fallaron. Por lo visto no poseía control sobre ese espacio negro, al igual que no poseía control sobre su compañera onírica, como le gustaba llamarla. No se podía ver nada y el silencio era absoluto. Caminó algunos pasos y logró divisar, a lo lejos, un diminuto punto luminoso, el cual se fue agrandando a medida que se acercaba a él. Apresuró el paso y, cuando se dio cuenta, estaba corriendo. Lentamente, ese pequeño punto fue adquiriendo forma hasta transformarse en una puerta, una gran puerta blanca y brillante. Se acercó a ella y dudó

Imperar era la palabra que sedujo a Garland desde su más temprana edad. Apenas era un niño de cinco años cuando descubrió el poder que anidaba en su interior: la magia.

Pero desde entonces había transcurrido un siglo. Con ciento cinco años, Garland había envejecido hasta convertirse en un anciano poderoso, pero miserable.

Sauthrey, su ciudad, dormitaba a aquellas altas horas de la madrugada. El sonido de los vehículos nocturnos era todo lo que llegaba hasta él de manera tenue, ya que en el piso ochenta y cinco, el último del rascacielos en que vivía, se disfrutaba de un silencio casi absoluto.

Los dos ojillos azules del hombre observaban aquella metrópoli desde su privilegiada posición. Las luces de los anuncios de propaganda sobre los edificios y las farolas de la calle rompían la opacidad que lo cubría

todo, no haciendo diferente aquel visionado de una mirada hacia el melancólico cielo, donde, entre la negrura, las estrellas y las ocho lunas de Midgard parecían faroles flotantes, mundos inalcanzables.

Una ristra de aviones militares surcaba los aires, muy por encima de su edificio, a pesar de la altura de éste. Sus luces parpadeantes se difuminaron al penetrar en la marea de nubes negras, hasta desaparecer en su interior, rumbo a la interminable guerra que tenía lugar entre monárquicos y republicanos.

“Este mundo está en mis manos —pensó el anciano—. Y hoy es el día”.

Cerró las cortinas y su casa quedó en la más absoluta oscuridad. Aunque pronto empezó a centellear el crudo tono carmesí de la esfera que coronaba el luengo cetro que siempre llevaba consigo.

La larga capa de Garland se movía a su espalda como si de una sombra nostálgica se tratase, meciéndose al son de sus lentos y firmes pasos. El tintineo de la armadura antimagia que cubría al hechicero causaba pequeños ecos en la vivienda, y cuando su pesado guantelete se posó en la manilla de la puerta que daba a su gran biblioteca, la luz del cetro refulgió con fuerza, pues una poderosa magia se encontraba allí dentro.

Estantes plagados de libros de magia cubrían las cuatro paredes de las que se componía la habitación, y todo quedaba delicadamente visible por las llamas que manaban de su lámpara.

—Despierta, Phirum —ordenó Garland, con aquella voz cascada.

La pequeña jaula que pendía del techo de su habitación albergaba una diminuta esfera que, poco a poco, fue tomando la forma de un pícaro rostro.

—¿Qué hora es? —dijo el somnoliento *bom*.

Aquella esfera de fuego, ahora con dos ojos y una boca que eran formas negras entre las llamas, tras emitir un bostezo, empezó a brillar con más fuerza, haciendo reaccionar al bastón del hechicero con titilaciones escarlatas.

Garland golpeó el suelo; un toque en seco y el bastón se apagó. Ahora era la luz del *bom* lo que le permitía ver.

—Las cinco y media —respondió Garland.

—Deberías dormir —alegó, molesto, Phirum.

—Dormir quita tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para el estudio de la magia.

—¿Y para qué quieres estudiar magia? —quiso saber la criatura.

—Para tener tiempo.

Prisa, Paro, Freno... los hechizos favoritos del anciano.

—Deberías descansar para estudiar mejor —recomendó el *bom*, molesto por la actitud del anciano.

—Me lo dice alguien que vagaba entre volcanes..., un sirviente, pero poderoso como él solo..., y mírate ahora... Eres poco más que una bombilla.

De repente, la jaula del techo se iluminó con mayor fuerza, y las llamas que componían el cuerpo de Phirum saltaron en todas direcciones.

—¡No me provoques!

—¿O qué?! —replicó él—. ¿Explotarás?

Las llamas del *bom* parecieron responder a la intimidación que sufría, reduciendo su tamaño hasta guarecerse de nuevo entre los pequeños barrotes.

Garland, apartando la mirada de Phirum, se dirigió a las estanterías, tomando entre sus manos uno de los libros de hechicería, titulado *Uso de la magia Piro*. El fuego era un elemento que había dominado hacía años, durante la guerra que llevaba transcurriendo desde su temprana juventud, en favor de la República y la Monarquía, según respondiera cada uno a sus intereses en el momento apropiado.

Pero a Garland la guerra le había quedado pequeña, pues él era más valioso que todo lo que pudiera sacarse de ella, así que se retiró a aquel piso ochenta y cinco.

volar por los cielos de Ensueño. También se deleitaban metiéndose en la piel de actores y personajes famosos; a veces hasta recreaban sus escenas favoritas de libros, películas y obras de teatro.

A Leo le gustaba pensar que había algo de terapéutico en aquella relación. Y quizá lo había. Desde que comenzó a tener esos sueños empezó a sentirse diferente; más enérgico, más motivado. Ya no se sentía deprimido. Ahora se sentía una persona renovada, como si de alguna forma hubiera cambiado.

—He estado investigando sobre los sueños —dijo Variana—. Quería saber si tú y yo somos los primeros en experimentar esto. Quizá en el pasado otras personas hayan vivido lo mismo. ¿Seremos las únicas personas en el mundo en compartir sueños, o les sucede a otros y ellos también guardan el secreto? No dejo de preguntarte eso. De cualquier manera, no encontré información que describa nuestra situación, pero sí me enteré de algo que debes oír. Varios libros de medicina mencionan una extraña enfermedad que no tiene cura. —Hizo una pausa y miró a Leo a los ojos—. La llaman *la enfermedad del sueño*.

—Los que sufren esta enfermedad no despiertan jamás. Simplemente se quedan dormidos para siempre y es imposible despertarlos. No se sabe por qué.

—Pero ésa no es la parte más interesante. Existen varias historias acerca de la enfermedad del sueño. He leído algunas y la mayoría son muy extravagantes, pero hay una leyenda que me atrajo inmediata-

mente. Te la contaré, es mi favorita. Dice así:

—Los sueños no son productos de nuestra imaginación. El sueño es un mundo que visitamos, al que sólo podemos acceder mientras dormimos, y es el único lugar en donde las personas pueden ser realmente libres. Desde luego, esto es un secreto que el Dios del Sueño se rehúsa a revelar a los mortales, pero sin embargo les concede la oportunidad de que lo descubran ellos mismos. A veces sucede. Cuando un mortal es consciente de que está soñando, y logra dominar esta habilidad, no tarda en descubrir el secreto. Cada vez que un mortal se percata de esta verdad, el Dios del Sueño le ofrece dos opciones: regresar a su vida habitual en el mundo de los mortales, donde ha vivido toda su vida, o pasar el resto de sus días en el mundo onírico, en donde podrá vivir la vida que quisiera y ser libre. Quienes elijan la primera opción olvidarán el secreto y no podrán volver a descubrirlo. De ser elegida la segunda opción, el cuerpo físico del mortal dormirá hasta el momento de su muerte, incapaz de despertar.

—Sin embargo, aquellos que elijan la segunda opción, no sabrán que están soñando. Creerán que siempre han pertenecido a ese mundo.

La voz de Variana se detuvo. Cesó de dibujar y clavó la mirada en Leo, como si esperara una respuesta a una pregunta inexistente. Hubo un silencio.

—Interesante leyenda —dijo al fin—. Pero es todo lo que es: una leyenda. No debemos alarmarnos por esa enfermedad. Yo también he

—Ensueño —repitió ella—. Sí, me gusta.

Contemplaron el cielo un largo rato.

—¿Alguna vez has visto nieve? —preguntó él.

—¿Nieve? No. En Velán nunca nieva.

Una sonrisa se abrió paso en el rostro de Leo, y segundos después Variana observó cómo comenzaban a caer, lentamente, grandes puntos blancos por todas partes. Uno de los copos aterrizó en su frente, justo en la marca; estaba frío y húmedo, y no tardó en derretirse. La hierba, los árboles, los techos de las casas; todo se vistió de blanco. Ella contempló el espectáculo, deslumbrada. Él nunca olvidaría esa expresión en el semblante de su amiga. En los inviernos de Guvar casi siempre nevaba, de manera que Leo estaba habituado a esa vista, pero Variana nunca había tenido oportunidad de ver nieve; en Lysenen sólo nevaba en una región, la cual estaba muy lejos de Velán. Ella no tuvo que decir nada para que él supiera lo que estaba pensando, pero lo dijo de todas formas.

—Es hermoso.

—Lo es —asintió él. Luego se agachó, recogió un poco de nieve y la moldeó hasta formar una bola. Se la lanzó a Variana.

Ella lo imitó, comenzando una guerra de bolas de nieve. Se pasaron el rato así, jugando y riendo como dos niños. Eran capaces de hacer cualquier cosa que se les antojara, y sin embargo se divertían con algo tan simple... Cuando tuvieron suficiente, se desplomaron en la hierba blanca

y fría y permanecieron en silencio, como si no tuvieran nada más que decirse. Luego de un tiempo prolongado, ella comenzó a dibujar figuras luminosas en el firmamento. Sólo tenía que mover los dedos mientras señalaba el cielo y le iba dando forma a sus obras.

—¿Crees que algún día podremos conocernos físicamente, afuera de los sueños? —inquirió Leo. Durante el día, cuando estaba despierto, extrañaba a Variana. Detestaba la idea de no llegar a conocerla físicamente jamás.

—Probablemente no. Vivimos demasiado lejos y no nos alcanza el dinero para trasladarnos. ¿Y para qué? Sí de todas formas aquí podemos conocernos mejor que en ninguna otra parte. ¿De qué serviría?

—Me gustaría averiguar si tus ojos son siempre tan hermosos.

Ella le regaló una sonrisa.

—¿Quién sabe? Quizá es mejor así; que sólo nos veamos en los sueños.

—Todo esta experiencia me ha hecho reflexionar. ¿Este mundo abstracto es realmente imaginario, o acaso existe? Si te das cuenta de que estás soñando, ¿es realmente un sueño?

—¿De verdad importaría si lo fuese?

Para entonces ya se habían mostrado todas sus vidas, recuerdos, y secretos. Con frecuencia jugaban a adoptar cualquier forma y apariencia que quisieran. Ambos tenían predilección por los animales; el preferido de Leo era el lobo. A Variana, en cambio, le gustaba ser un águila y

Abrió el libro donde se encontraba el señalador, y entre sus páginas apareció la imagen de un terrible monstruo astado, cuyo cuerpo rojo era la pura esencia del fuego.

—La magia ha dado a luz a seres como tú, hechos de pura magia —comentó Garland, leyendo las runas que había en los bordes de la ilustración—, pero siempre hay alguien por encima vuestro.

—Que me hayas dominado a mí no quiere decir que puedas hacer lo mismo con Ifrit —respondió Phirum. A pesar del calor que bullía de todo su cuerpo, sintió un estremecimiento cuando recordó los poderes de aquel monstruo gigante—. Siempre habrá alguien por encima de ti.

—No siempre, no siempre... —musitó. Su sonrisa mostró unos sarrosos dientes. Encendió la luz del flexo que había en la mesa y observó mejor la imagen: los *bom* que rodeaban a Ifrit mostraban miedo, y se contaban por decenas. Al percibir que Phirum se fijaba en la imagen, levantó la mirada—. Hoy es el día.

—¿Qué día es hoy? —indagó el ser incandescente.

—El día en que seré el hechicero más poderoso de Midgard.

El silencio fue el protagonista de aquel intercambio de miradas durante varios segundos. Luego, Phirum apretó la boca y volvió a abrirla para hablar.

—¿Qué planeas hacer? —dijo, indignado. Los planes de Garland siempre eran ruinosos y descabellados.

—Esta vez no sumiré al mundo en las tinieblas, pues de eso ya se

ha encargado la guerra. —Levantando la vista, encaró al *bom*. “Parece tan pequeño... como la pelota de un niño”. Phirum lo miraba con una mezcla de sorpresa y miedo—. Hoy te mostraré que tu líder no es tan temible.

—¡Yo no tengo un líder! —se ofuscó el *bom*—. Yo era libre; sólo protegía la caverna de Ifrit, a cambio de morar en el fuego de su volcán.

—Los monstruos culpáis a los humanos de luchar entre sí, pero vosotros os subordináis los unos a los otros sin pensar que estáis haciendo lo mismo: luchando por grandes líderes cuyos propósitos no llegáis a comprender nunca.

”Los *moguris* son iguales, ¡je, je, je! —Su carcajada era débil, pero tenebrosa—. Capaces de usar la magia con mayor facilidad que un humano, escogen a quién enseñársela.

—Milu confiaba en ti, y tú lo abandonaste.

—Superé hace ya mucho a mi maestro, a pesar de que fuera un *moguri*.

—Pero lo abandonaste.

—¿De qué sirve alguien que ya no puede enseñarte nada?

—Aun así, él te apreciaba.

—Aprecio, amistad... ¿cuál es la recompensa?

—Es una recompensa en sí misma.

—Entonces, el poder es mi recompensa, ¡ja, ja, ja! —Con aquellas palabras, se incorporó y a su alrededor empezó a fluir la magia—. Voy a mostrarte un hechizo que mi maestro jamás pudo formular. —La luz carmesí de su bastón empezó a parpadear, a iluminarse con fuerza.

Desde fuera, el edificio entero de Garland emitía un destello parpadeante que cubría de color bermellón la ciudad, en un radio que no paraba de expandirse.

—¿Qué vas a hacer, Garland?! —gritó Phirum.

—¡MINIMALIA! —pronunció el hechicero.

Entonces, como una onda expansiva, mayor que ninguna que hubiera tenido lugar durante la guerra, la magia de Garland cubrió Midgard, hasta recorrerla entera y regresar a aquel punto.

La cegadora luz le impedía a Phirum poder abrir los ojos, a pesar de que su vista estaba acostumbrada a soportar el brillo del fuego en primera persona.

Entonces, parpadeó. Se sentía más ligero, liviano, y su mente regresó al instante de un pasado lejano, para quedarse con las sensaciones de allí y la experiencia vivida hasta lo que, de alguna manera, podía llamar *futuro*.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó.

El anciano, sonriendo, no podía impedir que la fascinación se hiciera un lugar en sus ojos fríos. Levantó un espejo y lo puso ante Phirum.

El *bom* abrió mucho los ojos, aquellos agujeros negros que parecían hoyos hacia el vacío en un pequeño sol, parpadeando por si lo que veía era real.

—¿Qué has hecho conmigo?

La imagen del espejo era él mismo, sin duda, pero como no se veía desde que era un niño... ¿y qué era

si no, entonces, en ese mismo momento?

—El hechizo *Minimalia* ha afectado a todos los seres del mundo.

—El anciano quitó el candado a la jaula—. Ahora ya no tengo nada que temer de nadie. —Phirum, con cierto recelo, descendió de la jaula, en un movimiento flotante que lo llevó hasta el suelo. Acuciándose, Garland lo señaló con un dedo—. Sal de aquí, y avisa a tu rey que iré por él, y que esta vez no podrá decir que no se aliará conmigo porque soy un ser inferior. —Los ojillos asustados del *bom* parecían más pequeños en aquel rostro de niño, pero no se debía a su edad, sino a que el encogimiento de éstos derivaba del miedo que su rostro expresaba—. ¡Ve ahora!

Flotando a la velocidad que le permitía su etéreo cuerpo, Phirum parecía una diminuta estrella fugaz que huyera a cumplir los deseos pedidos por aquel que la había contemplado.

Cuando se cerró la puerta de la calle, Garland sonrió, aproximándose de nuevo a la ventana. La ciudad seguía igual, pero sus gentes no serían las mismas; él lo sabía bien.

“El nuevo amanecer será muy diferente de todos los que Midgard ha visto hasta hoy...”.

—¡JA, JA, JA, JA!

Sonia, vestida de verde, y con el pelo rubio a su espalda flotando con el viento, corría tras una pelota que iba a parar hasta el banco donde se hallaban sentados dos gemelos, amigos de ella.

te mostraré Guvar, ¿de acuerdo? Creo que te gustará.

—No puedo esperar. Me has dado mucho en qué pensar hoy, Leo. Gracias.

Con el correr de los días Leo comenzó a sentir que vivía una doble vida. Muchas veces no quería despertar. Cuando soñaba era prácticamente un dios, y era feliz. Esa nueva vida onírica era ahora su secreto, y nunca se lo confiaría a nadie, ni siquiera a su hermana; de todas formas, nadie le creería (a excepción de Variana, pero ella vivía en otro continente). Además, siempre estaba la posibilidad de que pensarán que estaba loco.

—Bien, eso fue todo —dijo una noche—. Ya te he mostrado todos los lugares de Evorden que conozco.

—Me ha encantado. Es tan distinto a Velán... Pero creo que es hora de que nosotros hagamos nuestro propio país.

Ella creó las casas y las edificaciones más grandes y él se dedicó a agregar árboles, animales y caminos. Cuando terminaron, no se sentían satisfechos.

—Mejor hagamos todo un continente —propuso ella.

—Aquí somos dioses, ¿recuerdas? Hagamos un mundo. Será nuestro mundo; nuestro y de nadie más. Y, si no estamos satisfechos cuando hayamos finalizado, podemos crear una galaxia, o un universo, o lo que nos plazca.

Así entonces, crearon su mundo. Agregaron ciudades, animales, criaturas extrañas, océanos, montañas, ríos, islas, desiertos, bosques, campos, llanuras, valles... y playas. Todo

lo que se les ocurrió. Les gustaba volar juntos y recorrerlo desde arriba, mientras conversaban acerca de cómo podrían mejorarlo. Todo era vasto, pero al mismo tiempo era íntimo y, de alguna manera, secreto. ¡Qué privilegio! Era una experiencia mágica; no había sensación que se comparara a esa, ni siquiera el sexo. ¡Se sentían tan completos, tan únicos, tan imparables! Él iba agregando casas y edificios de extravagantes formas y diseños y ella llenaba el cielo de colores y figuras llamativas. Se sentía toda una artista mientras lo hacía. ¿Y quién podía decir que no lo era? ¿Quién podía reprocharla? Para ella eso era arte, y nada más importaba. Ellos estaban solos en ese mundo, y nadie ni nada podía criticarlos ni rechazarlos. Era un espacio íntimo y privado, lejos de lo que usualmente era llamado “el mundo real”; lejos de sus vidas monótonas, de sus trabajos inútiles y vacíos. Lejos de las demás personas. Era un sitio donde se sentían completamente seguros. Era un hogar.

Tardaron muchas noches, pero esta vez quedaron muy conformes con el resultado.

—Creo que lo hicimos —dijo ella—. Hemos terminado nuestra obra maestra.

—Casi —replicó él y, observando el cielo nocturno, adornó el firmamento de un manto de estrellas brillantes y una enorme y espléndida luna.

—Ahora sólo falta un nombre —dijo ella—. ¿Cómo llamaremos a nuestro mundo?

Leo sonrió.

—¿Qué te parece *Ensueño*?

da de dolor la hubiera atravesado—. No sé por qué acabamos de ver esto. Yo no quería mostrarte esto. Nunca he hablado de esto con nadie. —Leo estuvo a punto de decir algo, pero se detuvo—. Es curioso, ¿sabes? No sabía que se podía sentir dolor en un sueño.

—Si sientes dolor, eso quiere decir que este es un mundo verdadero, que de alguna manera somos reales en este lugar. No confiaría en ningún mundo en el que no pudiera sentir dolor. Irónicamente, creo que deberías sentir cierto alivio de que haya dolor.

—¿O sea que debería alegrarme de sentir dolor?

—No, alegrarte no. Pero si sirve de consuelo, yo he aprendido que el peor dolor de todos es no sentir nada.

Leo se percató de que tenía más cosas en común con ella que con ninguna otra persona. Sus padres también habían sido violentos, agresivos, estúpidos, y él y su hermana habían tenido que sufrir las consecuencias. Variana ya le había hablado de la antipatía que sentía hacia sus padres, pero había omitido semejantes detalles de su infancia. Él había pasado por experiencias similares, pero todavía no estaba dispuesto a mostrárselas a ella de una manera tan honesta como lo había sido aquel recuerdo que acababan de presenciar. No por timidez o vergüenza, sino porque la herida de su compañera era demasiado reciente, pero sabía que lo haría eventualmente. Era sólo cuestión de tiempo.

—Creo que nunca fui la hija que deseaban, y por eso siempre me

odiaron. A pesar de que ya no vivo con ellos, todavía me fastidian y aprovechan cada ocasión que tienen para juzgarme y criticar cada decisión que tomo. No lo soporto. No recuerdo una sola vez en que los haya hecho feliz, de que se hayan alegrado por mí. A veces me pregunto si se alimentan de mi odio; si lo necesitan para vivir. Siempre me pregunto si alguna vez me quisieron, o si sólo fui un accidente, un capricho. Si tan sólo pudiera hacer que el suelo se los trague para siempre, como en este sueño. Si tan sólo pudiera librarme de ellos tan fácilmente... pero no puedo.

—¿Por qué no puedes? Ya no eres una niña.

—Porque son mi familia.

—¿Qué importa que ellos sean tu familia? Lo que describes no es una familia para mí. Si lo único que hacen es maltratarte, física o psicológicamente, significa que no les importa. A esas personas tienes que borrarlas de tu vida, sin importar quienes sean. ¿Qué importancia tiene que compartan la misma sangre? Ellos no te merecen, y tú mereces algo mejor. Deja de verlos, deja de hablar con ellos, comunícales tu desprecio, ignóralos. Bórralos de tu vida. Confía en mí; sé de lo que hablo.

Pasó el tiempo y visitaron todas las partes de Velán que Variana conocía o recordaba.

—Me gustaría enseñarte otros lugares de Lysenen, pero nunca he salido de Velán.

—No importa, yo tampoco he podido viajar tanto como quisiera. Gracias por el recorrido. Mañana yo

La lluvia caía sobre la ciudad, y Sonia pisaba los charcos salpicando a sus amigos.

—Pásame la pelota, Biggs —pidió a su amigo, cruzando las manos a la espalda y mirándose los pies, levantando la vista de vez en cuando, avergonzada.

—Soy Wedge, Sonia... ¡siempre me confundes!

—¡Es que sois iguales!

Los dos gemelos rieron. Vestían un peto azul y ambos estaban coronados con gorras rojas: Biggs siempre llevaba la visera hacia delante, y Wedge hacia atrás, pero a veces intercambiaban las posiciones para confundir a la gente mientras jugaban al escondite, o simplemente por tomarles el pelo.

Hasta hacía unos días, Biggs había sido un soldado del bando republicano, mientras que Sonia militaba entre los monárquicos. Ambos habían cambiado sus ropas de soldado por otras más cómodas, y abandonaron las armas, que no servían para jugar.

Aquel parque del que tanto disfrutaban había crecido, utilizando los tanques como un nuevo reto que escalar y hacer equilibrio en la punta del cañón.

Wedge lanzó la pelota a Sonia y ésta la agarró.

—¿Qué vas a hacer ahora que todo empieza de nuevo, Biggs? —quiso saber la chica, dirigiéndose al hermano.

El niño se llevó un dedo al labio, mirando hacia arriba.

—Creo que voy a ser piloto.

—¿Vas a dirigir un bombardero? —se asombró Sonia.

—No... la guerra es para los perdedores —respondió el pequeño—. Lo que quiero es poder ver las grandes montañas nevadas desde arriba.

—Yo quiero ser piloto también —intervino Wedge, soñador—. Pero no para ver montañas, sino edificios. Y me gustaría llevar a todos mis amigos de viaje. —Luego, el pequeño bajó la mirada hacia Sonia—. ¿Y tú?

—¿Eh? —Sonia lo miró.

—Sí, ¿qué piensas hacer? —insistió Biggs.

—Pues... —dudó la chica, sonrojándose y mirando la pelota que tenía abrazada a la altura de la barriga—, me gustaría estudiar magia.

—¿Vas a ser maga otra vez? —se asombró Biggs.

—¿Vas a lanzar hechizos de *Piro*, *Hielo* y *Electro*? —se entusiasmó Wedge, sonriendo de oreja a oreja.

—No... eso ya lo hice en la guerra —respondió ella—. Con *Electro* ahora puedo hacer funcionar los instrumentos de mi casa, con *Piro* encender algunas velas y con *Hielo* conservar la comida... pero eso es todo mi poder ahora. Lo que me gustaría aprender es a hacer *Cura*, *Esna* y esas cosas, para ayudar a los niños que sufrieron la guerra, en otros países.

—¡Yo podría llevarte en mi avión! —se ilusionó Wedge.

—¡Yo podría acompañaros y así ver las montañas! —añadió Biggs.

—Y yo podría enseñarte la magia que deseas aprender, kupó —les llegó una voz desde la espalda.

Todo el parque se había quedado en silencio. Aquellos seres que habían llegado eran como gatos regordetes y bípedos, con pequeñas alas de

murciélago a la espalda y, en sus cabezas, sobre una antena tiesa, había un pompón color rojo.

Los *moguris* acostumbraban a vivir fuera de las ciudades, ocultos en los bosques, utilizando su magia para ahuyentar a los monstruos y velar sus exóticas ciudades; así que nunca habían sido vistos en una ciudad, salvo por algunos magos que acudían a ellos a aprender su magia.

—¿Y qué podría hacer yo por tí? —quiso saber Sonia, rompiendo el silencio.

—Podrías... prestarnos la pelota para jugar, kupó.

—¡Claro! —se iluminó el rostro de Sonia—. Yo me llamo Sonia, ¿y tú?

—Milu, kupó —sonrió el *moguri*.

Apenas unos minutos después *moguris* y humanos jugaban, mezclándose en los equipos... porque no importaba que fuesen diferentes, no significaba nada más allá del aspecto físico: lo importante era que todos podían ser amigos.

Había pasado ya un mes desde que el hechizo *Minimalia* lanzado por Garland afectase a todo Midgard. Desde aquel día, el anciano había observado algo muy raro: ya no había aviones de guerra, no se escuchaban explosiones, nadie conducía vehículos y reinaba una armonía sin precedentes.

El hechicero caminaba por la calle, y todos lo miraban raro. Su sonrisa era de placer. “Ahora soy el más poderoso de todos”.

Su sombra, una figura alargada y esbelta, hacía que los niños se ocultaran de él, mirándolo con miedo des-

de sus escondrijos, en el interior de coches que ya no conducía nadie, o asomando por ventanas de edificios sin la protección de los adultos.

Aquella inquietud reinante en el área atravesada por el hechicero fue lo que le propinó el impulso que necesitaba para conseguir lo que no pudo hacer cuando más joven.

—¡Ifrit, voy por tí! —gritó Garland, alzando la vara, que empezaba a brillar en cinabrio.

Entonces de los pies del anciano manó un humo gris que lo enturbiaba todo, hasta cubrir su figura y, de repente, desapareció, en menos que un parpadeo.

Los niños se asomaron.

—Eso es un hechizo muy poderoso ¿no? —quiso saber Sonia.

A su lado, asomó la cabeza de Milu, siguiendo con la mirada el rastro de magia que había dejado el anciano, su antiguo aprendiz.

—No es el más poderoso que sabe hacer, kupó —respondió el *moguri*—. Tú ya has presenciado el mayor de ellos, kupó.

Palmeras altas que cubrían de verdor el paisaje impedían ver el cielo, y el zumbido de interminables enjambres de mosquitos era todo lo que se escuchaba en aquella selva.

El rugir del volcán lejano era apenas un susurro imperceptible, el objetivo de Garland, pero antes quería asegurarse de que los espers de allí habían dejado su poder en el pasado.

La carcasa metálica del hechicero se impregnaba de la barrosa tierra que pisaba, y un fresco aroma a na-

—Mira —dijo ella, mientras señalaba una casa de ladrillo ubicada cerca de un estanque de agua cristalina. Dos o tres patos graznaban en él—. Ahí es donde solía vivir.

La puerta de la casa se abrió y salió una niña que llevaba una marca idéntica a la de Variana en la frente. A Leo le pareció que no podía tener más de ocho años. La niña se acercó al estanque y alimentó a los patos, y cuando terminó volvió a entrar en la casa.

—¿No nos vio? —preguntó Leo—. Estábamos a tan sólo algunos metros de distancia.

—Los demás no pueden vernos. Creo que es mejor así.

—Ah. —Se sintió avergonzado de haber hecho una pregunta tan estúpida.

—Ven, te mostraré mi casa. De paso puedes conocer a mi familia.

Cuando entraron en la modesta casa de ladrillo, ambos notaron que la niña se había detenido, espantada, en la puerta de la cocina. Se acercaron a ella y desde allí vieron a un hombre y una mujer discutiendo fuertemente. El hombre era alto y calvo, y asesinaba con la mirada a la mujer, la cual era de menor estatura y tenía rasgos similares a los de la compañera de Leo: la misma expresión, el mismo cabello, la misma postura. A decir verdad, parecía una versión envejecida de Variana. Como era de esperar, hombre y mujer tenían el mismo signo rojo en la frente y se gritaban los mismos insultos y tonterías infantiles que con frecuencia se gritan todas las parejas infelices que no deberían estar juntas. El calvo

golpeó enérgicamente la mesa de la cocina un par de veces y la niña comenzó a llorar; no era la primera vez que veía a sus padres discutir, y sabía que no sería la última, pero nunca se acostumbraba a esas peleas, principalmente porque no comprendía por qué sucedían. Al notar su presencia, el hombre calvo le ordenó a los gritos que se fuera a su cuarto, pero ella siguió sollozando y no se movió. Furioso, el calvo se acercó a ella y le propinó dos fuertes cachetazos. La madre de la niña salió disparada como una bala y arremetió contra él, embistiéndolo contra una pared, sin dejar de gritar un momento. El calvo, a su vez, le sujetó el cuello con las dos manos y la llevó hacia la mesa, sin soltarla. “¿Te vas a callar?”, dijo, y procedió a repetir estas palabras una y otra vez. “¿Te vas a callar? ¿Te vas a callar? ¿Alguna vez te vas a callar?”. Aquí fue cuando Variana no soportó más. Lentamente, la boca del hombre calvo fue desapareciendo, como también desaparecieron sus manos. Lo mismo le ocurrió a la mujer. Y luego, el suelo comenzó a tragárselos, como si fuera arena movediza, mientras ellos intentaban, fútilmente, escapar, hasta que terminó de devorarlos. La niña, que no había parado de llorar un segundo, se desvaneció, y también la casa. Ahora Leo y Variana estaban al aire libre, cerca del estanque de los patos.

—¿Ésos eran tus padres? —inquirió él.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y esa niña era tu hermana?

—No, ésa era yo. —Se veía notablemente afligida, como si una punza-

sólo para estar segura. Pero no me caben muchas dudas.

—Ahora es mi turno.

Variana descubrió que él tenía tanta curiosidad sobre Velán como ella de Guvar. Se pasaron el tiempo conversando. Hablaron sobre sus vidas, sus familias, sus tierras y sus culturas. Hablaron sobre sus gustos, sus pasatiempos, sus intereses y sus carreras. Hablaron sobre sus temores, sus debilidades y sus metas. Hablaron sobre las personas y las cosas que amaban y, más que nada, sobre las que odiaban. Hablaron, hablaron y hablaron.

Finalmente hubo un silencio. Cuando creyeron que no tenían nada más que decirse, Variana observó el mar y después volvió a clavar la vista en Leo.

—¿Te gusta nadar? —preguntó.

Antes de que él pudiera responder, ella continuó.

—Ven conmigo.

Se sumergió en el agua, y a él no le quedó más remedio que seguirla. Leo no sabía nadar, pero desde luego eso no importaba aquí. Se resolvió a no perderla de vista un solo momento. Nadaban muy cerca uno del otro; cada vez más lejos, cada vez más profundo. En ese mar de fantasía encontraron todo tipo de peces y animales marinos por doquier, de distintos tamaños, colores y formas, y él supo que pertenecían a su compañera. Por diversión, Leo le cambió el color al agua y la pintó de rojo, pero ella le respondió con una mirada de desaprobación. Cuando terminaron, emergieron a la superficie.

Ambos estaban echados en la arena, contemplando la magnífica vista del firmamento y saboreando la deliciosa calma de la playa.

—Por lo que me dices, Velán parece un lugar agradable —dijo él—. Me gustaría visitarlo algún día, pero no tengo suficiente dinero para viajar tan lejos.

—Ni yo —se lamentó ella—. Nunca he salido de mi país. —De pronto su semblante adquirió una expresión completamente distinta, como si acabara de recordar algo—. ¿Sabes? No necesitamos viajar. Estamos soñando. Aquí podemos hacer lo que querramos, como si fuéramos dioses. ¡Puedo mostrarte Velán yo misma!

Él se incorporó, entusiasmado. Ella tenía razón. Cuando soñaban eran dioses; podían hacer lo que quisieran. ¿Cómo no había pensado en eso? ¡Era tan obvio!

Variana cerró los ojos, como hacía siempre que deseaba algo en ese lugar, e instantes después los dos se trasladaron a un enorme jardín repleto de flores multicolores. Se había hecho de día por primera vez desde que compartían aquel sueño (decisión de Variana, por supuesto), y a Leo le pareció que estaban en una mañana de verano. Oía a los pájaros cantar, toda una bandada de ellos, encima de los altos y grandes árboles vestidos de verde que rodeaban la región. Varias colinas se podían ver hacia el oeste, en el horizonte. Era un cambio placentero luego de estar tanto tiempo en esa playa. Descubrió que a la luz del día la mirada de su compañera onírica conservaba la misma intensidad.

turala penetraba por sus fosas nasales.

—Esto es vida... —suspiró, sonriendo.

Y siguió caminando. El verdadero placer del aire puro no se comparaba con la magnánima sensación de poder que experimentaba en aquel momento.

—Creo que debemos seguir intentándolo, Lamú —le llegó una voz añorada.

—No sé yo, Quetzal —respondió otro niño, entre unos matorrales—. Tal vez hoy debamos descansar. El hechizo *Electro* cansa mucho y esta tarde me gustaría bajar a la ciudad.

—No podemos crear una tormenta como las de antaño, pero estas fuerzas rejuvenecidas me hacen pensar que todo cuanto hacíamos antes era medirnos.

—Ahora... practicamos juntos.

Garland observó desde el seto en que se encontraba. “Claro que no sois tan poderosos... ya os podría aplastar como a cualquiera de estos mosquitos”. Zarandó su mano ante el rostro para espantar a los insectos que revoloteaban en espiral.

Allí, en un claro entre las palmeras y los juncos, junto a la pequeña charca, vio un pájaro verde, con trazos amarillentos en su plumaje, del que rezumaban rayos. “Quetzal... has perdido tu grandeza, ¡je, je, je!”. Junto a aquel pájaro, embutido en unas túnicas verdes de impecable aspecto, levitaba un niño de cabellos rubios, con un bastón en la mano. “Lamú... qué inopia de poder... ¡je, je, je!”.

—Vamos a ir a Sauthrey —sugirió Lamú—. Los perritos calientes de Sonia estaban buenísimos.

—Sí... siempre he pensado que en lugar de invocarnos durante la guerra para que nos enfrentásemos, debería haber tomado el puesto de sus padres —comentó Quetzal.

Los niños se miraron, y soltaron una carcajada inocente.

—¿Vamos? —se animó Lamú.

Ante el asentimiento de Quetzal, ambos emprendieron el vuelo. Se trataba de una forma de levitar muy leve, pero armoniosa... Flotaban en el aire con la tranquilidad de un niño (¿qué eran, si no?) que fuera al parque.

“¿Pero qué les pasa a estos dos? —se preguntaba Garland, rascándose la cabeza en aquellas entradas de su frente canosa—. ¿Qué hay de su rivalidad? —Apretó los dientes, irritado—. ¡Comer perritos calientes, qué pérdida de tiempo!”.

Ofuscado, el anciano salió de entre los arbustos, viéndolos perderse en la lejanía. Rápidamente, sacudiendo la mano ante su rostro en señal de desprecio, continuó caminando hacia el volcán.

Aquel lugar alejado de la civilización humana, donde sólo los más poderosos magos se habían atrevido a ir para realizar pactos de magia, ahora no era diferente de una vuelta por el centro comercial.

El desconcierto y enfado de Garland iban tan allá como su ambición. “Quetzal y Lamú trabajando juntos... ¡¿qué diantre está pasando aquí?!”.

El sonido del volcán de Ifrit ya se escuchaba sobre su cabeza, escuchando lava hacia un enturbiado cielo celeste, donde las nubes se fundían con aquellas estampas circulares que eran las tres lunas visibles, continua-

mente enturbiadas por el gris aciago de las retumbantes erupciones. El anciano, ebrio de poder, caminaba más rápido, haciendo uso del bastón como apoyo de sus cansados pasos, más llevado por la ira que por el destino.

Penetró en aquella candente caverna que era el origen de los aposentos del gran Ifrit, donde en plena oscuridad los cuerpos incandescentes de los *bom* le brindaban toda la iluminación que necesitaban.

—Vengo buscando a vuestro rey —dijo, dirigiéndose a un grupo de *bom* que había al principio de la cueva.

Los pequeños monstruos de rostros inocentes se miraron entre ellos, temerosos del temperamento del anciano.

—Está al fondo, en la charca de lava que hay bajo la cúspide —se atrevió a decir uno de ellos.

El hechicero pasó de largo una vez obtenida la respuesta, pues era todo lo que le interesaba de ellos.

A medida que penetraba en el interior de aquel laberíntico y caluroso lugar, el magma manaba de las paredes con mayor abundancia, pero ya no sentía los escalofríos que tuvo aquella vez, en el lejano pasado de su juventud, cuando su poder aún no había alcanzado el auge.

En cambio, la sensación de temor envolvente que había en los rostros de los *bom* la última (y única) vez que estuvo allí ahora era sustituida por una alegría palpable: todos jugaban entre ellos y hablaban de lo genial que era su rey, a quien entonces sólo habían pronunciado entre susurros ásperos.

“Al fin estoy aquí”. Muy al fondo del pasillo cavernoso que atravesaba, se percibía aquel fogonazo que emitía la lava de la charca, sumado al de las llamas de cientos de *bom* y la del propio Ifrit.

Decidido, y con el ceño fruncido, aceleró el paso, ignorando la lava que pisaban sus pies enlatados, cuya poderosa armadura repelía como si fueran simples charcos de agua tras la lluvia.

A medida que se acercaba le llegaban risotadas de decenas de *bom*, y la inconfundible voz de Ifrit.

—¡Vamos allá, grumetillos! —gritaba el que se había hecho llamar rey, entre risas—. La charca es nuestra, ¡ja, ja, ja!

Más risas se le unían.

Cuando Garland puso un pie en el umbral de la cueva que daba a la charca de lava, contempló al pequeño niño de cinco años, de piel roja, coronado por dos cuernos, que había en el centro de la charca, imitando a un pirata, con una espada roma hecha de rocas magmáticas en la mano alzada.

—¡Ifrit! —gritó el anciano.

Entonces, las risas se fueron apagando. Aquel lugar estaba minado por *bom*, cuyos destellos incandescentes se redujeron ante el temor de ver aparecer al hechicero.

—¿Quién eres tú? —dijo Ifrit. Su mirada era leal a sus palabras, pues no parecía reconocer a Garland.

—Yo... ¡soy Garland, y he venido a pactar contigo! —entonó el anciano, al principio indignado, pero después decidido.

—Pero... si sólo eres un anciano —dijo el niño—. ¿Por qué iba a pactar contigo?

ese libro mucho tiempo atrás y lo había olvidado por completo, pero sabía que era una conjetura absurda. “Tan absurda como mi sueño”, pensó. La verdad era que él jamás había siquiera abierto el libro que tenía en las manos. De haber sabido de la existencia de ese país, no habría olvidado una tradición tan particular como lo era llevar aquella marca.

“Entonces, ¿lo que soñé es cierto?”, se preguntó, incrédulo. “¿Variana realmente existe?”. Eso explicaría tal vez por qué ella parecía distinta a todo lo demás en esos sueños. Se maravilló ante la idea de que allá afuera, en una tierra lejana y totalmente desconocida para él, ubicada en otro continente, había una persona a la que conocía y con quien había conversado cara a cara a través de un mundo imaginario. No tenía la menor idea de cómo ni por qué ocurriría algo así, pero una parte de él deseó que fuera verdad.

Esa noche se fue a dormir más temprano y apagó el despertador. No deseaba ser interrumpido una vez más por ese ruido infernal mientras soñaba. Tardó más en dormir que de costumbre.

Leo deambuló por la arena unos momentos, bajo un manto de estrellas, mientras contemplaba la luna. ¡Qué hermosa era! Pensó que solamente en un sueño era capaz de lucir así. Él, al menos, nunca había visto una luna así estando despierto. Como esperaba, Variana no tardó en encontrarlo. Ella siempre estaba ahí antes que él.

—Sabía que te encontraría aquí —bromeó ella.

—Eres real —las palabras de él sonaban como una pregunta esperando confirmación—. No te estoy imaginando, ¿verdad? Realmente existes.

—Eso creo. Ya no estoy segura de nada. Quizá éste es el mundo real, y cuando estamos despiertos somos prisioneros de un mundo falso. Tal vez somos libres únicamente cuando soñamos, pero no nos percatamos de ello, y por eso casi siempre olvidamos lo que hemos soñado cuando despertamos —hizo una pausa—. O tal vez...

—O tal vez... —repitió él.

—O tal vez solamente estamos soñando —dijeron al mismo tiempo.

Se echaron a reír.

—Yo todavía necesito cerciorarme de que tú también eres real —dijo ella—. Creo que no te agradan los interrogatorios, pero debo hacerte muchas preguntas. —Él accedió de buena gana. Ambos parecían estar de buen humor.

A continuación Variana preguntó acerca de Evorden, sobre todo de Guvar, e hizo preguntas de las cuales sólo un habitante de ese país podía saber las respuestas. Ella no se iba a dejar engañar. Leo las respondió todas con facilidad y proporcionó todos los detalles que su interlocutora demandaba. Parecía genuinamente interesada en la cultura de Leo y era entendible: ella jamás había pisado esa parte del mundo y no sabía absolutamente nada de esas tierras. Todo eso era totalmente nuevo para ella.

—Cuando despierte trataré de averiguar si lo que dices es verdad,

rientado, como un borracho que no recuerda cómo llegar a su casa, y sobresaltado, como si ese borracho descubriera que además ha perdido las llaves. El despertador siguió sonando unos momentos hasta que él por fin advirtió el ruido e hizo callar ese condenado aparato. Sentía los latidos del corazón en el pecho, retumbando como tambores y tan rápidos como un criminal huyendo de la escena del crimen. Nunca había tenido un sueño tan extraño. Y lo que más lo asombraba era que lo recordaba todo. El hecho de que pudiera recordar un sueño inmediatamente después de despertar era raro, pero recordarlo todo en detalle resultaba extremadamente inusual. No sabía que se podía ser consciente de estar soñando, pero ¿por qué seguía soñando con la misma persona una y otra vez?

Echado en la cama, meditó largamente sobre el sueño. Se había olvidado por completo de ir a trabajar, o simplemente no le importaba. Dos personas experimentando el mismo sueño a la vez, y ser perfectamente capaces de comunicarse en él sin inconveniente alguno... La sola idea era inaudita. ¿Se trataría tan sólo de un capricho de su imaginación? “Por lo visto tengo una imaginación muy activa”, se dijo a sí mismo. Le pareció una buena idea para una película... o para un cuento de ficción. Pero una parte de él tenía la sensación de que eso realmente había sucedido. Evocó las palabras de Variana: “Soy de Velán. Todos los nativos de Velán llevamos la Marca”.

Leo conservaba una gran colección de libros. Intentó encontrar algu-

no que hablara sobre lo que le estaba ocurriendo; sin duda debía tener algún libro de psicología que hablara sobre el sueño. Revisando ejemplar tras ejemplar, buscó en vano durante un largo rato; se estaba por dar por vencido cuando su mirada se clavó en un libro de historia. *Historia moderna de Lysenen*. No sabía cómo ni por qué lo tenía. A él no le interesaba en absoluto la historia; mucho menos la de otro continente. Quizá había sido un obsequio. Pero de lo que sí estaba seguro era de que él jamás lo había leído; hasta ese momento ni siquiera recordaba tener ese libro en su colección. Impulsado por una idea repentina ojeó rápidamente los contenidos de las primeras páginas; lo que encontró le causó tal asombro que casi dejó caer el libro. En un mapa de Lysenen, que incluía todos los países cuidadosamente enumerados, aparecía uno en el oeste llamado Velán.

Rápidamente fue a los capítulos que hablaban sobre Velán y su historia. Leyó, leyó y leyó. Finalmente encontró un párrafo con la información que buscaba: “Una de las tradiciones más famosas de este país, y por la cual sus habitantes son inmediatamente reconocibles, es la de marcar la frente de los nativos durante la infancia, el cual es un procedimiento completamente indoloro”. A continuación había una ilustración de dicha marca, exactamente la misma que llevaba Variana en la frente. Leo se quedó boquiabierto un buen rato, anonadado, estupefacto. Lo que veían sus ojos era imposible, y sin embargo ahí estaba. Se preguntó si había leído

—Yo... —titubeó, indeciso— soy capaz de invocar el hechizo *Hielo* en su máxima expresión, y podría congelar tu volcán entero —amenazó Garland—. Así que conviértete en mi siervo y os dejaré en paz. Juntos podremos dominar la magia del fuego como nunca has soñado.

—Déjalo, Garland —le llegó una voz que conocía bien—. Ifrit no es siervo ni señor de nadie; mucho menos enemigo.

Los ojos de Garland contemplaron al *bom* que había más cerca de aquel esper: era Phirum. “¿Qué hace así, tan contento, ante su temido rey?”.

—¿Le diste la noticia de mi poder? —quiso saber el hechicero, sonriendo como reflejo forzado, lleno de dudas—. ¿Sabe ya Ifrit la energía de que dispongo?

—Tú —lo señaló Ifrit con la espada de juguete— tuviste encerrado a Phirum muchos años. Eso es algo que ninguno de sus amigos estamos dispuestos a permitir de nuevo.

—¡Os encerraré a todos! —alzó la voz.

Todos se silenciaron. Ifrit miró a su alrededor. Garland hizo lo mismo. Aquel canal ascendente que conducía hacia la cima del volcán estaba lleno de *bom*, infinitas bolas de fuego que recorrían cada rincón.

—A... ¿todos? —enarcó una ceja ígnea el rey—. ¿Y cómo piensas hacerlo?

Garland tragó saliva, observando su alrededor. Buena razón tenía Ifrit.

—Puedes... —titubeó el hechicero— evitarlo... si pactas conmigo. Creo que ya sabes cuál es mi poder.

—Sí, lo sé —respondió Ifrit, sacando pecho—, pero no pactaría con alguien que lo único que busca es poder... más del que tiene, que ya es mucho. Pero no tanto como el de todos nosotros juntos.

Entonces, Garland, abrió mucho los ojos. Se había dado cuenta de algo. Y entonces comprendió el verdadero imperio de Ifrit...: ahora era mucho más poderoso que antaño, cuando reinaba él en solitario.

La ciudad de Sauthrey era un lugar alegre para todos, pero Garland caminaba por ella cabizbajo, afligido por su nuevo fracaso en el intento de pactar con el esper de fuego.

Quetzal y Lamú comían perritos calientes, rodeados por humanos y *moguris* por igual. No había símbolos de facciones, no había armas... Sólo niños que se divertían y compartían.

Acercándose al puesto de perritos calientes, vio a la pequeña Sonia, que, junto a Biggs y Wedge, sumergían salchichas en el agua hirviendo y, tras un rato, las sacaban para servir las a otros niños.

—Un perrito caliente con ketchup y mostaza —pidió el anciano, con aire triste.

A su alrededor, los niños hicieron un círculo. Era el único adulto que habían visto desde hacía más de un mes, así que era el centro de atención.

—Dos guiles —pidió Sonia. El anciano rebuscó en su bolsillo y, tras tomar las dos monedas, se las entregó a la pequeña.

—Gracias —sonrió ella.

Garland no pudo evitar devolverle el gesto. Después, dándole la espalda

y dirigiéndose a un banco, con el perrito caliente envuelto en una servilleta, se dejó caer, pronunciando un laxo suspiro.

“Todos están juntos —se dijo, agotado, con una sonrisa triste—. Esto era impensable...”.

Sentado allí, observó a los niños saltando a la comba, a aquellos otros que descendían por el tobogán, a los de los columpios.

Bajando la mirada, desarrolló su comida y dio un mordisco al bollo.

—¿Qué tal sabe, viejo amigo, kupó? —le llegó la voz desde su izquierda.

Los cansados ojos de Garland contemplaron a Milu, sentado a su lado. Los pulmones del hechicero se llenaron lentamente, y luego, tras tragar, dijo: —Es el mejor perrito caliente que he probado nunca.

—Eso es porque está hecho con mucho amor, kupó. Y con el trabajo de todos, kupó.

Garland asintió.

—Pero... no es justo —comentó el hechicero, mirando a los niños—. A su edad... yo estaba estudiando, no en la calle. Era un alumno prodigioso, y ahora... ahora... mi poder.

—Tu poder, Garland, es el mayor de Midgard, kupó.

—¿Y de qué me sirve? —quiso saber. Al mirar a Milu y contemplar su sonrisa, supo que le estaba dando la respuesta que no entendió en el pasado—. El poder al vacío... en realidad soy el hechicero más débil de todos. Ese hechizo de *Minimalia* no quisiste enseñármelo, y lo llevaba preparando años, para al final no hacer nada por nadie.

—¿Qué no ha hecho nada, kupó?

—Ante la pregunta retórica de su antiguo maestro, el anciano respondió con silencio—. Es el conjuro del que hablarán todos dentro de muchos años, kupó. El único, de hecho, kupó. Ni *Sanctus*, ni *Lázaro*, ni ningún otro hechizo ha llegado nunca ha conseguir lo que tú, kupó.

—¿Y qué he conseguido? —quiso saber él. Su maestro siempre hablaba entre acertijos y trabalenguas.

—La paz, kupó —respondió Milu—. La guerra ha terminado, porque los niños no saben defender con violencia un ideal, kupó. Mucho menos, luchar por el de otro, sin comprender su verdadero significado, kupó.

—¿Y qué? —se cansó Garland—. Crecerán y todo volverá a ser igual: habrá monárquicos y republicanos.

—Puede que sí, kupó. Y puede que no, kupó.

—¿Qué pasa, Milu?

—Pues que ha empezado una nueva era, Garland, kupó. Todo gracias a ti, kupó.

—Una era que yo no viviré nunca...

—Mi querido alumno, kupó... —suspiró Milu. Y de sus manos brotaron unos filamentos azulados que pronto cubrieron al hechicero.

La luz cegadora hizo que el anciano tuviese que cerrar los ojos. La sensación que lo invadía era de calidez, pero en un sentido espiritual; no la ignominiosa incandescencia que había tenido que soportar en el volcán de Ifrit. Aquella intensidad penetró a través de su armadura antimagia y lo hizo sentir ingrátido, etéreo.

yo siento la tuya, y asumo que tú percibes la mía. —Ella asintió—. Este sueño nos pertenece a ambos. —Era una idea tan ridícula que ni siquiera él mismo la creyó. Se sacudió ese pensamiento de la cabeza.

—Entonces nosotros...

—Espera. Si eres real, háblame de ti. ¿De dónde eres?

—Soy de Velán —dijo ella, con un rostro que transmitía confusión ante tal pregunta, como si la respuesta fuera obvia. Se llevó el índice derecho a la frente—. ¿No ves que llevo la Marca?

—Es que nunca he visto ese símbolo antes.

—Todos los nativos de Velán llevamos la Marca. Es la tradición.

—Tampoco he oído hablar de ese lugar.

—No mientas. Todos en Lysenen conocen Velán. Es uno de los países más antiguos y poblados del continente.

Leo nunca había estado tan confundido, all menos no en un sueño. Lysenen era uno de los cuatro continentes del mundo, pero él vivía en otro, en Evorden.

—No soy de Lysenen. Soy de Evorden. Vivo en Guvar.

Ella lo miró con incredulidad.

—Ése es otro continente. Y allí hablan otro idioma. Pero tú hablas el mío, la lengua común de Lysenen.

—Yo no estoy hablando lo que sea que se hable en Lysenen. Estoy hablando mi lengua natal, la de Guvar.

—¿Entonces cómo podemos entendernos?

Todo tenía cada vez menos sentido.

Como último recurso, Leo decidió cambiar de escenario. No pensó demasiado; simplemente optó por lo primero que le vino a la mente. La playa perdió su forma y se convirtió en un territorio desolado, sombrío y repleto de luces fosforescentes y formas extrañas y carentes de sentido. No funcionó; Variana estaba ahí, frente a él, con esos ojos implacables que no le daban cuartel. Era imposible escapar de ellos y, al parecer, de ella. Todo indicaba que ninguno de los dos podía separarse del otro, como si estuvieran unidos por un lazo indestructible.

—Te lo dije —dijo Variana—. No funciona.

—Esto es absurdo. Ni siquiera debería tomarte en serio. ¿Por qué te estoy escuchando? Tú no eres real. Existes sólo en mi imaginación. Nada de esto es real.

—No —replicó ella—, yo soy real. Y ahora creo que tú también lo eres. Tal vez... tal vez los dos estamos soñando.

Él reflexionó unos momentos sobre estas últimas palabras. ¿Podía ser posible? ¿Dos personas de alguna manera compartiendo el mismo sueño? No, la idea era insólita, incluso estando dentro de un sueño. Pero ella parecía tan real...

—Esto es ridículo —continuó Leo—. Estoy soñando y nada más. —Variana siguió hablando, pero él no la escuchó. Estaba demasiado distraído, absorto en sus pensamientos, hasta que un ruido distante, pero cada vez más clamoroso, se lo llevó de ese lugar.

Y volvió a despertar en su habitación. Pero esta vez estaba deso-

Aquello tomó a Leo por sorpresa, pero no se alarmó en absoluto. Nada de eso era real, de todas formas.

—Así que no soy el único que puede hacer eso —dijo, riéndose—. Muy bien, hazlo de nuevo, pero ésta vez que sea más difícil. —Miró hacia el mar y segundos después el agua estalló en gigantescas olas frenéticas, provocadas por un viento vigoroso, como si se avecinara una tormenta.

Variana no se inmutó. Volvió a cerrar los ojos e instantes después el mar se calmó y el viento se esfumó.

—Pasaste la segunda prueba —dijo él—. Ya has detenido la lluvia y dormido las olas. Ahora viene lo más arduo. Si éste es tu sueño, deberías ser capaz de librarte de mí con facilidad. Bien, ¿qué esperas? Hazme desaparecer. Te prometo que no impondré ninguna resistencia.

—Creo que eres más idiota de lo que pensé —replicó ella—. ¿No crees que lo haya intentado ya? Si pudiera deshacerme de ti y expulsarte de este lugar ya lo habría hecho. Traté de hacerlo pero no funcionó, y no entiendo por qué. ¿No te has detenido a pensar por qué esta vez has aparecido de nuevo en esta playa, en lugar de en cualquier otra parte? No sé por qué, pero el escenario aquí siempre cambia en cada sueño. Antes de que llegaras yo me encontraba en un lugar en el que jamás había estado, pero cambié el escenario antes de que aparecieras en él. Me gusta esta playa, y tenía la esperanza de que al cambiar de sitio me libraría de ti. Por eso mismo estoy hablando contigo. Pero te desafío a que lo intentes conmigo. Anda, hazme desaparecer. —Y sentenció

en tono burlón—: Te prometo que no impondré ninguna resistencia.

Ella parecía estar diciendo la verdad y eso sólo consiguió divertir más a Leo. Sus sueños nunca eran tan detallados ni imaginativos. Él aceptó el desafío con gusto.

“Éste es el sueño más interesante que he tenido en mi vida”, pensó.

De manera que simplemente deseó que ella desapareciera, pero esta vez no sucedió nada. Ella seguía allí mismo, de pie en la arena, exhibiendo una sonrisa burlona. Lo intentó de nuevo, y una vez más, y otra, pero nada pasaba. Por último, cerró los ojos, se concentró y lo intentó una vez más. Volvió a fracasar. Era como si no tuviera control sobre ella. A diferencia del viento, la lluvia y las olas del mar, no podía hacer nada que afectara a Variana, como si ella no perteneciera a ese mundo onírico.

—No puedo —admitió, confundido.

—¿Lo ves? Te lo dije. Si éste de verdad fuera tu sueño deberías poder echarme de él. Esto prueba que no lo es.

—Pero... tú dijiste antes que tampoco puedes librarte de mí. Eso quiere decir que éste tampoco es tu sueño.

Se hizo un silencio. Ambos se miraron fijamente durante un rato. Finalmente Variana dijo: —Si este sueño no le pertenece a ninguno de los dos, ¿en dónde estamos? ¿Acaso estamos dentro del sueño de alguien más? Y, si es así, ¿de quién? ¿Hay alguien más aquí?

—No —respondió él con determinación—. Si así fuera, lo sabríamos. Podríamos sentir su presencia, como

Para cuando despegó sus párpados, Garland estaba rodeado. Todos lo miraban entusiasmados.

Garland se observó las manos: ya no tenían arrugas. Cuando alzó la vista, todo parecía más grande.

—Vuelvo a ser un niño, maestro —dijo, mirando a Milu.

El anciano Garland ahora era igual que cuantos le rodeaban. Revestido con su amadura y su capa, sus cabellos eran negros, y su bastón, más corto.

—No me llames “maestro”; llámame “amigo”, kupó.

—Amigo —respondió Garland.

—Tienes el mismo derecho que todos a empezar de nuevo, kupó —respondió Milu.

Entonces, una pelota llegó a los pies de Garland. Se la quedó mirando.

—¡Vamos allá! —dijo, pateando la esfera, y corriendo tras ella junto a sus nuevos amigos.

La biblioteca de Garland quedó abandonada durante un decenio, sus libros descansando en el interior.

Garland creció, y su inteligencia y prodigioso conocimiento se expandieron por Midgard.

En su nueva vida... volvió a ser hechicero, porque siempre fue su destino y nadie podía cambiarlo. Pero la siguiente vez que abrió uno de sus polvorientos libros fue en un aula universitaria, como profesor. Para enseñar, para compartir sus conocimientos; su poder.

© CANO FARRAGUTE, 2014.

CANO FARRAGUTE
(España —Málaga—, 1988)

Nació en Málaga, donde reside desde hace veintiséis años. Debutó como escritor con la publicación del bolsilibro *Estatuas de Venus* (NeoNauta Ediciones, 2014). También participó en las revistas digitales *MiNatura* (nº 131), con “No dijeron ser terrícolas”, y en *Portal Ciencia y Ficción* (nº 3) con “Museo”.

Tiene en proceso de edición (para salir a lo largo de este año) *Preludios de Fimbulvetr*, nueve relatos mitológicos de la Escandinavia medieval, agrupados en antologías y en formato audiolibro (Editorial Sonolibro); *Entrañables reptiles*, un bolsilibro *pulp* de cienciaficción (NeoNauta Ediciones); “Valor incalculable”, relato cómico de *steampunk*, que formará parte de la antología *The best of spanish steampunk* (Nevsky Prospects); *Honor ambiguo*, metraje sobre el narcotráfico y la corrupción (productora 13deOctubre), y “Biológico”, relato de ciencia ficción especulativa (Alfa Eridiani), entre otros proyectos.

TREN BALA

HUGO RAMOS GAMBIER

Delfina sale de la escuela y corre hasta la estación General Lemos. Siempre toma el tren de las 17:20 para regresar a su casa y hoy, por culpa del estúpido del preceptor, se le ha hecho tarde. Pero llega a tiempo.

En la entrada del *hall* de la estación, el muchacho de la florería —ese que a ella le gusta mucho— le regala una rosa roja.

Delfina sigue corriendo. Llega a la puerta del tren y empuja acá y allá para subir rápido y conseguir un asiento.

Pero se le cruza una vieja que camina despacio y quiere bajar.

—Vieja de mierda —dice Delfina por lo bajo.

Todos voltean para mirarla a ella, a la insolente colegiala. La vieja también la escuchó. Y, ahora que Delfina consigue sentarse, esa bola de arrugas la fulmina con la mirada a través del vidrio de la ventanilla.

Ella se acomoda y el tren se pone en movimiento.

Apenas apoya la cabeza contra el vidrio, se duerme. Y en seguida se sumerge en el sueño; un sueño horrible, una verdadera pesadilla. Se ve casándose con el preceptor. Tienen dos hijos: Luca y Jazmín. El tiempo pasa volando entre estación y estación, y sus hijos pasan de aprender a caminar al primer día de clases antes de que la formación se detenga en Sargento Barrufaldi. La bocina del tren y el silbato del guarda hacen que Delfina entreabra los ojos. De tanto en tanto ve figuras borrosas, gente difusa a su alrededor; ojos, muchos ojos que la observan.

El movimiento del tren la devuelve al sueño. Ahora los chicos ya están en la escuela secundaria; en la próxima estación egresan de la universidad. Y, cuando el tren sale de Martín Coronado, ya se casaron. Delfina

se detuviera... y, para su sorpresa, así fue. Entonces se encendió una idea en su mente. Alzó la vista y miró el cielo. Deseó que lloviera, e inmediatamente sintió las gotas de agua en su rostro. Obviamente, era imposible; no había ni una sola nube allá arriba, y sin embargo había comenzado a llover, y Leo supo, de algún modo, que la lluvia no cesaría hasta que él así lo quisiera.

Fue así que se percató de lo que estaba sucediendo. Todo eso era falso. Todo. Todo menos él. “Esto es un sueño”, pensó, exaltado. “Estoy en un sueño. Estoy soñando”. Entonces recordó que no era la primera vez que tenía ese mismo sueño. Y, al tratarse de un sueño, podía hacer lo que le viniera en gana. Tenía absoluto control sobre cualquier cosa.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó una voz de mujer que había oído antes en algún lado—. No me gusta la lluvia. Sobre todo en la playa.

Leo no tuvo que voltearse para saber a quién pertenecía esa voz.

—Variana —dijo él, cuando se dio la vuelta. En efecto, allí estaba ella, empapada por la lluvia—. Te llamas Variana.

—Bien, parece que puedes hablar, después de todo —parecía irritada—. ¿Quién eres y por qué estás aquí? ¿Por qué me sigues a todas partes? ¿Qué es lo que quieres de mí?

Leo no comprendía. Ella era la intrusa. Era ella la que aparecía de la nada para hacerle preguntas. A él no le agradaba ese interrogatorio. Fácilmente hubiera podido hacerla desaparecer, pero estaba intrigado. Había algo cautivante que emanaba

de esa mujer, además de sus ojos. Casi podía sentirla, como si ella fuese diferente a todo ese mundo imaginario. No sabía cómo explicarlo, pero era distinta a todo lo demás. Tal vez ella lo veía a él de la misma manera. Quería saber más de ella.

—Empezaré por lo primero. Me llamo Leo. Un gusto conocerte.

—Olvida las formalidades —dijo ella con voz fría—. Si aún persistes en aparecer en mis sueños es porque deseas algo de mí. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué debo hacer para que me dejes en paz?

“¿Sus sueños?”. Él dejó escapar una carcajada. Ahora comprendía todo.

—Creo que estás equivocada, Vari —respondió—. Para responder a tus preguntas: no, no quiero nada de ti. Y, a decir verdad, no sé por qué estoy aquí. Pero yo soy el que debería hacerte todas estas preguntas. Lamento decepcionarte, pero éste es *mi* sueño, y sólo sigues en él porque yo lo permito. Será mejor que cambies tu tono. —Todo el asunto le parecía de lo más divertido. Decidió dejarse llevar y entretenerse un poco. Después de todo, ¿de qué sirve ser consciente de que estás soñando si no puedes divertirte?—. Si no cambias tu actitud, te vas de aquí para siempre. ¿Me oíste?

Ella hizo caso omiso de la advertencia.

—¿Tu sueño? Estás confundido. Este sueño es mío. Soy yo la que está soñando. ¿De lo contrario podría hacer esto? —Miró hacia arriba y luego cerró los ojos, concentrándose. La lluvia cesó inmediatamente.

había aparecido en su último sueño, en la playa? De ser así, ésta sería la cuarta vez consecutiva que soñaba con ella.

Pero esta vez fue distinto. Esta vez había aparecido una mujer y lo había interrogado. Recordaba su nombre: Variana. “Qué nombre más extraño”, pensó. Nunca había escuchado ese nombre. “¿De verdad se me ocurrió mientras dormía?”, se preguntó. Por supuesto, no era la primera vez que soñaba con mujeres, pero esta vez había sido diferente. Ella no era como las demás mujeres con las que acostumbraba soñar; no era famosa ni estaba desnuda. Pero había algo más. Ella tenía un aire... inusual. No sabía cómo explicarlo. ¡Y esos ojos! Esos afilados ojos azules podían mirar dentro de tu alma y conocer todos tus secretos. Él no sabía nada sobre sueños. ¿Se suponía que tenían algún significado? ¿Tal vez su inconsciente intentaba decirle algo?

En realidad, Leo había leído alguna vez que los sueños representaban conflictos no resueltos, deseos reprimidos, o algo por el estilo; no había prestado mucha atención, el tema nunca había despertado su interés... hasta ahora. Pero no creía que lo que había leído fuera cierto; al menos, no esta vez. Playas, fuertes olas, mujeres misteriosas con una marca en la frente... él nunca soñaba con esa clase de cosas, ni tampoco interactuaba con ellas en su vida diaria. Recordó que esa habitación tenía vista al mar. Debía ser eso. Veía el mar con tanta frecuencia que terminó soñando con él. Sí, tenía sentido. Aunque eso no explicaba la playa,

ni a los otros escenarios de los sueños previos, y mucho menos a esa tal Variana.

“O quizá fue sólo un sueño y nada más”. Esta última hipótesis fue la que más le gustó.

Leo era joven y vivía con su hermana menor. Hacía varios años que él había caído en la depresión —que lo visitaba con frecuencia—, pero durante los últimos tiempos su sensación de abatimiento había ido empeorando cada vez más. Nunca había llegado al extremo de contemplar el suicidio, pero estaba convencido de que, si muriera, el mundo no perdería nada. Simplemente no le contrataba ningún propósito a la vida, como si no valiera la pena vivir por nada. A veces ese pensamiento lo alarmaba. Más de una vez le había resultado difícil hallar motivación para levantarse de la cama y hacer algo, cualquier cosa. Pero siempre terminaba pensando en su hermana; ella lo necesitaba. Era entonces cuando decidía levantarse.

Continuó su día con normalidad. No sucedió nada fuera de lo común. Hasta que llegó la noche...

Y ahí estaba de nuevo. La misma playa, la misma luna, el mismo mar. Pero esta vez se dio cuenta de que algo no era igual. Podía sentirlo. Había un elemento que no era como antes. Algo allí era falso, pero no sabía qué. Definitivamente no era el viento, que —como siempre en ese lugar— soplabla con tanta fuerza como un golpe en la cara, y de cuando en cuando lo obligaba a cerrar los ojos. En ese momento no había nada que deseara más que ese fastidioso viento

siente el paso del tiempo y se sacude como borracha en el asiento del tren, mientras la bocina y el silbato van anunciando la partida de la estación. Un par de estaciones más adelante llegan los nietos. Y todo vuelve a repetirse con ellos.

La muerte del marido la golpea llegando a Villa Devoto; luego la de su hijo, Luca. Y, saliendo de Francisco Beiró, la de Jazmín.

Soledad y vejez la sorprenden llegando a la estación cabecera. Los sacudones entre los cambios de vía despiertan a Delfina ya entrando a Chacarita.

La gente a su alrededor va tomando forma a medida que abre los ojos. Igual que cuando subió, todas las miradas son para ella. No reconoce a ninguno de los habituales viajeros de las 17:20 entre la multitud agolpada contra las puertas para descender del tren. Ninguna cara conocida.

Cuando el tren ingresa lentamente al andén, la sorprende la nueva estación Chacarita. Ve unas pantallas holográficas que muestran a una señorita que anuncia la llegada. Delfina observa con asombro el interior del confortable tren. “Un tren del futuro”, se dice. Hasta más moderno que los que ha visto en la tele, esos trenes balas de Japón.

La formación se detiene y el guarda abre las puertas. Todos descienden; todos, menos Delfina. Se siente cansada, agotada, con palpitaciones; seguro que por el sueño horrible que tuvo durante el viaje. Antes de levantarse del asiento se ve a sí misma reflejada en la ventanilla: una vieja. Una horrenda y arrugada vieja sentada en su lugar. Una bola de arrugas.

Las palpitaciones aumentan cuando también lo hace el terror de Delfina. Estira su brazo para tocar el vidrio. Su mano, su ahora temblorosa, vieja y arrugada mano, toca su viejo y arrugado rostro reflejado en la ventanilla. Unas lágrimas bajan surfeando entre las arrugas de su cara.

Con mucha dificultad logra levantarse del asiento. Le duelen la cadera, las rodillas, los pies. Le cuesta caminar. ¡La puerta está tan lejos...! Se va agarrando de los respaldos de los asientos y descubre en su mano una rosa roja, marchita.

Los pasajeros ya ingresan al tren que regresa a General Lemos.

Mientras desciende al andén, Delfina se choca con una chica de uniforme.

—Vieja de mierda —oye que le dice por lo bajo la colegiala.

© HUGO RAMOS GAMBIER, 2014.

HUGO A. RAMOS GAMBIER
(Argentina —Pellegrini, Buenos Aires, 1962—)

Vive en Merlo (BA). Sus autores favoritos son EDGAR ALLAN POE, ANTÓN CHÉJOV, GUY DE MAUPASSANT, RAY BRADBURY, GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, JULIO CORTÁZAR, ISABEL ALLENDE, HORACIO QUIROGA, PHILIP K. DICK, ARTHUR C. CLARKE y ROALD DAHL, entre otros. En 2012 publicó su primer cuento en la antología *Cuentos lejanos* y también participó en un especial de la editorial española Alfa Eridiani.

Aunque no despega los ojos de la ruta, Nuria sabe que las luces de Bariloche siguen en el retrovisor.

“Mejor”, piensa. “Que se queden cada vez más atrás”.

—No debería haber ido —dice al aire, y la confunde su propio tono de miedo—. ¿Quién me mandó meterme en semejante antro?

Y la bruja, con turbante y todo... Le parece verla en la oscuridad de afuera, flotando en la luz de los faros del auto, repitiendo: *Imaginen una pared blanca, así no habrá posibilidad de que salga un espíritu maligno.*

Le da risa ahora. No, risa no. Por lo menos, no una risa alegre. Son los nervios los que la hacen reír, y sabe que durante mucho tiempo la risa de verdad y la alegría estarán ausentes. No, aquello —en esa penumbra que apestaba a incienso— no era cosa de risa.

Le transpiran tanto las manos que debe secarlas en el pantalón para poder agarrarse al volante.

—Toda una escenografía —dice. Y deja atrás la ruta 40, al doblar por la 231.

Ni el mínimo reflejo de la luna, ni una estrella. Se le va a hacer largo el camino a La Angostura. Justo hoy.

—Todos locos están —dice. Y piensa: ¿Y por casa cómo andamos?

Siempre que cuenta que el Nahuel Huapi es su compañero de viaje la miran como a una chiflada. Pero es cierto: la luminosidad del lago en las noches claras hace que los sesenta kilómetros de la 231 se le pasen como si fueran treinta; cuarenta, a lo sumo.

Esta noche no. Esta noche hasta la del lago es una mala compañía.

Vuelve a pensar en Roger, en lo que habrá ladrado desde la mañana, solo en el jardín. Lo ha tenido en la

—Me llamo Variana —continuó ella al ver que él no respondía—. ¿Quién eres tú y por qué estás en mi playa? ¿Qué estás haciendo aquí?

“¿Su playa?”, pensó, confundido. “¿De qué está hablando? ¿Cómo llegó aquí?”.

—Este lugar me pertenece —dijo.

—No, me pertenece a mí, y tú eres un intruso.

Leo no entendía qué estaba sucediendo. ¿Cómo se atrevía ella a hablarle así? Ese lugar le pertenecía a él y a nadie más... ¿Cierto? Al menos eso creía. Pensándolo bien, no recordaba que esa playa fuera suya. Simplemente pensó eso porque era la única persona allí. Ni siquiera sabía cómo había ido a parar a ese sitio, pero se sentía dueño de él. Antes de poder responder, un sonido que parecía muy lejano llegó a sus oídos, un sonido irritante pero familiar.

Cuando se despertó lo primero que hizo fue apagar el despertador. ¡Cómo odiaba ese ruido! Pero lo necesitaba; eran muchas las veces que había llegado tarde al trabajo por quedarse dormido. Miró a su alrededor. Estaba en su dormitorio de siempre; aquella habitación tranquila y desordenada desde la cual se podía ver el mar. La misma habitación de la que, al menos, estaba seguro que le pertenecía a él y a nadie más. Era suya. Ningún extraño iba a aparecer de pronto desde debajo de la cama para anunciarse dueño y llamarlo intruso. Aunque, a decir verdad, si de repente una mujer como la del sueño del cual acababa de despertar se hubiera aparecido allí mismo, en su habitación, para decir que en rea-

lidad le pertenecía a ella, él no se habría molestado mucho. Habría encontrado la forma de compartirla con ella, incluyendo, desde luego, la cama. Y habría estado dispuesto a compartir con ella mucho más que la cama.

Suspiró y volvió a cerrar los ojos. Recordó la penetrante mirada de aquella mujer (era difícil olvidarla) y, al hacerlo, de pronto le vinieron a la mente vívidas imágenes de lugares en los que nunca había estado: se encontró a sí mismo rodeado de altísimos árboles en un bosque oscuro; deambulando por las cálidas arenas de un desierto, e incluso se vio escalar arduamente una montaña. Pero en todos estos sitios se sentía observado, y no tardó en descubrir que no estaba solo. Había alguien más allí; una figura humana no le apartaba los ojos de encima, como si lo estuviera vigilando. Vio brevemente a esa persona, siempre de lejos, primero oculta tras los árboles; luego detrás de una duna, donde se escondió cuando Leo la divisó y, por último, en la cúspide de la montaña, mientras Leo intentaba llegar a la cima. Como había hecho antes, el desconocido se había ocultado rápidamente al ser descubierto. Ahora que lo recordaba, creía haber visto en esta última ocasión, en ese lejano rostro que lo miraba desde arriba, unos ojos encendidos...

Estas imágenes visuales pertenecían a sueños de días anteriores que él había olvidado completamente, y que ahora habían regresado a su mente, como si esos ojos azules hubieran despertado su memoria. Aquel desconocido que parecía vigilarlo en todos ellos... ¿sería la mujer que

ONIRONAUTAS

DANIEL NAVARI

Leo permanecía inmóvil, de pie, observando el incesante movimiento de las olas. Las estrellas alumbraban el cielo nocturno y la luna iluminaba el mar. Él nunca había visto una luna tan hermosa; era tan grande y brillaba tanto que opacaba con facilidad a sus diminutas compañeras blancas. Se sentó en la arena; incontables guijarros estaban desparramados en ella. No habría podido decir cuánto tiempo llevaba así, mirando el mar. Sólo se dedicaba a mirar el agua, mientras fuertes ráfagas de viento le azotaban el rostro. Era un placer contemplar las olas que rompían una tras otra en espumosa agitación. No sabía en dónde estaba ni cómo había llegado ahí, y francamente tampoco le importaba, pero tenía la sensación de haber estado allí antes. No había nadie más allí. No debía preocuparse por nada; nadie iba a molestarlo ni a decirle qué hacer. Nadie podía darle órdenes.

Tenía todo el tiempo del mundo y él lo sabía. De alguna manera, lo sabía.

—¿Quién eres? —preguntó una suave voz femenina.

Él se volteó y vio a una mujer joven, no muy alta, de rostro sereno y largo cabello negro y lacio. Parecía tener más o menos la misma edad que él, si acaso un poco más joven. Vestía un llamativo atuendo negro que hacía juego con su pelo, el cual bailaba en el viento. Los ojos, azules e intensos, lo miraban fijamente, y él pudo percibir que la mirada denotaba curiosidad. Pero lo primero que uno notaba al verla era, sin duda, la extraña marca roja que llevaba en la frente. Leo supuso que debía ser alguna clase de signo, pero nunca había visto esa marca antes y no sabía qué significaba. Vestida así, con ese extraño signo en la cara y aquella viva mirada, a Leo le parecía sacada de un sueño. ¿De dónde había salido esa mujer?

cabeza todo el día. Incluso pensaba en él cuando la bruja decretó que no debían quitar el dedo de la flecha —*a no ser que el espíritu lo permita*— hasta terminado el juego.

Se deja llevar por los detalles de lo que acaba de vivir apenas unas horas atrás: la bruja llamó al espíritu y la escenografía se agitó. A ella le dio un miedo raro; un miedo con risa. Una risa que debió reprimir, por los demás y por las dudas.

¿Eres un espíritu bueno?

Y la flecha, remolcando los dedos de los jugadores, se deslizó hacia el NO.

“Una madera imantada”, se había dicho Nuria en aquel momento. “El imán la lleva directo al NO. ¡Un espíritu bueno no tendría ninguna gracia!”.

Ya te percibo, espíritu, dijo la bruja. *Te presentas como Anubis, nuevamente.*

Afuera, a los costados de la ruta, ya se vislumbran árboles.

—La mitad del viaje —piensa en voz alta.

¿Habrá comido, Roger? Tendría que haberlo dejado adentro. ¿Qué le costaba a ella limpiar lo que hubiese ensuciado? Nunca más lo dejará afuera.

Y, después —el espíritu había respondido algunas preguntas—, la bruja gritó: *¡No te muevas! ¡No podés salirte! ¡NOOOO!*

Ella, sin darse cuenta, había retirado el dedo de la flecha.

Un volantazo y vuelve a la ruta. Ha mordido la banquina del sentido contrario, no entiende cómo. ¡Podía haber terminado en el fondo del lago!

¡HAY QUE QUEMAR EL TABLERO!, gritó desahogada aquella bruja, inme-

diatamente después de “Noooo”. *¡HAY QUE DESHACERSE DE LA FLECHA!*

Y los demás jugadores, como si hubiesen visto al mismísimo diablo, se apartaron del tablero. “¡Lo vas a tener que hacer vos misma, bruja!”, pensó ella.

Nuria mira fijo la cinta asfáltica: luces. “Es Puerto Manzano”, piensa; “estoy cerca de la Villa, por fin”. Quiere llegar a casa, entrar a la casa a Roger y abrazarlo largo rato en el sillón. Tomar un té caliente y meterse en la cama. Mañana ni se acordará de la bruja ni de esa horrible tarde en Bariloche. Aunque lo duda.

¡SE MUEVE SOLA!, gritó alguien.

¡LA FLECHA SE MUEVE SOLA!

¿HACIA DÓNDE SE DIRIGE? La bruja tironeó del turbante hasta arrancarlo de sus renegridos rulos aplastados.

¡LEAN QUÉ DICE!

¡No lo sé!, gritó uno.

A... *ahí*, dijo una voz de mujer; *¡ahí va!*

Ella no conseguía mover un solo músculo. Jamás había experimentado tanto miedo.

A la “ene”, la “u”, la “erre”. Dice... N-U-R-I-A.

Nuria aprieta el acelerador a fondo. Esquiva unas luces que vienen de frente y, raspando contra el guardarraíl del puente sobre el río Bonito, evita el choque.

—Odio los camiones —dice, con los dientes apretados—. ¡Odio que pasen por el pueblo!

¡LA FLECHA NO SE DETIENE!, gritó un pelado, otro de los que rodeaban la *ouija*. *Se mueve hacia los números: va al 1, al 2, al 3.*

1, 2, 3. ¡1, 2, 3!

El auto se levanta de adelante y luego de atrás, como pasando por encima de un montículo. O... ¿o ha pisado a alguien?

¿Y si esto es el número 3?

¿Por qué no?

Uno: el “banquinazo”. Dos, el camión. Tres, lo que haya pisado.

Apaga el motor y las luces. Tiembla; no puede dejar de temblar. No se ve nada de nada.

No piensa abrir la puerta. El auto la protege; no sabe de qué, pero la protege.

Pero... ¿y si el atropellado sigue vivo? ¿Si necesita su ayuda?

“No”, se dice, “no bajaré”. Y, en un impulso, se ve a sí misma revolviendo la guantera, empuñando la linterna y saliendo del auto.

Hay un camino a la derecha. ¿Dónde está?

Alumbra hacia todos lados con la linterna. Un cartel:

CERRO BAYO
6 KILÓMETROS

¡Es el acceso al Bayo, sí! Y ahí nomás, al iluminar hacia arriba, aparece el viejo cuatriciclo que los del circuito dejan como anuncio, para llamar la atención. Sí, un detalle familiar. Algo que la tranquiliza. Está tan cerca de su casa que podría seguir a pie.

¿No ha olvidado algo?

No había... ¿no había pisado a alguien?

Pese al temblor de las manos, logra enfocar las huellas del auto. Las sigue.

Al costado de la ruta, ¡un perro! El golpe lo ha sacado del camino.

O tal vez ella lo atropelló ahí mismo. Nuria adora a los perros, pero está contenta: mejor un perro que una persona.

El perro, aplastada la cabeza y el vientre, no se mueve.

Ella apaga la linterna y se sienta en esa tierra helada y húmeda. No le importa el frío; necesita descansar.

Roger está solo en casa. Solo y afuera.

Prende la linterna; ese perro atropellado se parece a...

—¡No!

Se levanta y se le acerca. Lee la medalla... y llega el alivio; no es Roger. Aunque no pudo leer bien el nombre, sabe que no decía “Roger”.

Le arden los ojos. Suspira y se pasa la lengua por los labios salados.

Alumbra al perro.

—No coincide —dice, como quien descubre una ley física irrefutable—. La cabeza aplastada, la barriguita aplastada, no coinciden con la separación de las ruedas del coche. ¿Qué le pasó por encima entonces a este pobre animal para matarlo así?

Es la maldición de la *ouija*, seguro. ¿Acaso la va a perseguir para siempre?

El perro, entonces, decide contradecirla. ¡Está vivo! Se estira. Las patas traseras crecen y crecen; también las delanteras. El tronco cambia; la cabeza se va transformando.

“¿Qué más?”, se dice Nuria. ¿No han pasado ya tres cosas? ¿Qué más?

—Me voy —se oye decir. Y no puede irse; tiene que ver.

Pero no. Se controla y enfoca la linterna hacia la Villa. Por hoy tuvo suficiente. Sabe que, si mira al perro,

nizada en un programa de noticias. Arribó a la parte alta. La luz de la linterna se apagó. Pero podía ver una iluminación indirecta que venía de atrás de unos muebles. Los removió despacio; no quería que Mirna oyese algún ruido. No le pareció extraño que los pudiese desplazar tan fácil. Al fin, llegó al origen del sonido. Era una radio antigua Majestic. Tomó una silla y la colocó frente al aparato, mesmerizado de que aún funcionara. Aumentó el volumen. Ahora sí se oía con nitidez. Transmitían un homenaje retro, ya que pasaban noticias y anuncios antiguos. Lovable, Wildroot y cosas por el estilo. Lo escuchó poco tiempo y se quedó dormido ahí.

...la policía reportó el horrible crimen perpetrado en la colonia Polanco. El padre, mató y mutiló a su esposa e hijos. El portavoz dijo que las recámaras eran una escena dantesca. Eustaquio Gutiérrez, el asesino, declaró que él no había sido el culpable...

Roque despertó y apagó la radio. No sabía cuánto tiempo había pasado. Se levantó de la silla y bajó de la bodega hacia su recámara. Seguía semidormido. Llegó a su cama y se acostó en un profundo sueño.

Lo que lo despertó fueron pasos acelerados por la escalera. Todavía no podía abrir sus ojos cuando derrumbaron la puerta y entraron a su recámara. Eran policías y se detuvieron cuando miraron el interior del cuarto. Sangre por doquier; en las paredes y en la cama. Roque se levantó sobresaltado y todas las armas le apuntaron, dándole órdenes de que permaneciera sin moverse. Roque se tocó su ropa; estaba toda ensangrentada. Miró hacia un costado; hacia Mirna... o lo que quedaba de ella.

...la policía reportó el horrible crimen perpetrado en la colonia Polanco. El padre, mató y mutiló a su esposa e hijos. El portavoz dijo que era una escena dantesca. Roque Santamaría, el asesino, declaró que él no había sido el culpable...

Ramiro Longoria apagó la televisión. No podía creer su buena suerte. La casa la compró muy barata. Miró a su esposa, que dormía a un lado de él. Se sintió orgulloso de que ahora podía vivir en una de las mejores colonias de México.

Y escuchó un sonido. Parecía provenir de una radio...

© ANTONIO SUÁREZ MORENO, 2014.

ANTONIO SUÁREZ MORENO
(México —México, D.F., 1952—)

Reside en Guadalajara (Jalisco) y entre sus autores favoritos están STEPHEN KING, PETER STRAUB, SHIRLEY JACKSON, ADAM NEVILLE, JAMES PATTERSON, C. J. BOX, MICHAEL CONELLY, JAMES ELROY y LEE CHILD. Publicó con los grupos La Mesa Literaria y Literatos de la Ñ, así como los libros *Historietas de crimen y terror* (2013) y *El secreto de la monja* (2014), y el relato “El Rey Lagartija”, en la revista electrónica española **La Gangsterera**.

pertenecientes a los dueños anteriores, los cuales quedaron en pasar por ellos, pero no lo habían hecho.

Llegó hasta la puerta de la azotea. Estaba cerrada. Se sintió relajar. No podrían entrar a la casa sin hacer un escándalo. Cuando pasó por la puerta de la bodega, escuchó el sonido una vez más. Esto no era un acomodamiento de la casa. Parecía ser una voz. Recordó que él mismo cerró el acceso con llave. Quedaron en que no utilizarían ese cuarto hasta que se llevaran las cosas. Pegó el oído a la puerta. El sonido de la voz se hizo más profundo, pero sin claridad.

Las llaves colgaban del picaporte; lo movió y, para su sorpresa, la puerta se abrió con un chirrido, al tiempo en que se hizo el silencio. ¡Estaba seguro de que la había cerrado! De súbito, sintió miedo como nunca. Enfrente de él, sólo la oscuridad. Ni siquiera pudo ver el primer escalón. Debía de haber un apagador de luz. Con la mano fue tocando alrededor del umbral de la puerta para encontrarlo. Cuando lo logró, lo manipuló varias veces sin tener ningún resultado. Debería de ir por una linterna, pero en vez de ello dio un paso cauteloso, pequeño y arrastrado, hacia adentro. Una parte de él quería salir corriendo, y otra era atraída hacia la oscuridad. Tocó el primer escalón con el pie. Sintió que se le erizaba el cabello. Y en eso, oyó una voz.

—¿Roque?

Dio un grito y soltó el bate, que hizo un gran escándalo al golpear en varios lados.

—¡Dios mío! ¡Qué susto me diste! ¡Casi me da un infarto! —le dijo a

Mirna, después de que su cerebro captó de quién era la voz.

—Pero, ¿qué haces? —le dijo toda amodorrada—. ¿Y por qué abriste este cuarto?

—Creí oír un ruido —dijo mientras cerraba con llave la puerta—. Volvamos a la cama.

Al poco tiempo, Mirna se quedó dormida y Roque pasó el resto de la noche muy agitado y sin poder conciliar el sueño.

Al día siguiente, en cuanto hubo luz, se dirigió a la bodega. Subió esa escalinata con lentitud. Miró hacia el techo. Un hilo eléctrico sin foco colgaba de la pared. Llegó hasta la parte alta. La luz y la ventilación las daba un resquicio en el que apenas cabía una mano. El resto eran sólo paredes. Muebles grandes y pequeños se apilaban por el sitio. Revisó para buscar algún lugar donde alguien pudiera esconderse. No lo había. Fue por un foco y luego movió un mueble para colocarlo. Probó el apagador. Funcionaba a la perfección.

Un par de días después lo levantó el mismo ruido. Tomó su bate y una lámpara; no fuera a ser que la luz no funcionara. Se dirigió hacia la bodega. La puerta estaba abierta. Accionó el interruptor; la luz pestañeó unos momentos y luego se apagó. Roque encendió su lámpara y subió a la bodega. El miedo se apoderó de él una vez más mientras subía. Era posible ver su aliento debido a la baja temperatura del lugar. El sonido, a diferencia de la otra vez, no había callado. Ahora sí podía distinguirlo. Era una radio o una televisión sinto-

o lo que fuese esa porquería de amasijo sangriento, se le pondrá blanco el pelo.

Rajar. Ya.

No alcanza a dar un paso cuando advierte a sus espaldas un movimiento distinto. Vuelve apenas la cabeza. Y ve, por el rabillo del ojo, que el engendro se eleva, gira sobre sí mismo y vuelve a caer.

Nuria recuerda ahora cuando la bruja le decía al espíritu: “Te presentas como Anubis”.

Ella necesita ver al perro; necesita cerrar la pesadilla.

La linterna se le resbala de la mano. La levanta; ilumina al perro. Que es ahora un humano y le da la espalda.

Lo rodea; debe verle la cara. La luz de la linterna le muestra el vientre, las huellas de las ruedas al aplastarlo.

Ella sigue rodeándolo, y en lo que queda de la cabeza aplastada cree distinguir...

—¡No puede ser! Es mi... ¡mi cara!

Grita, y oye su propio ladrido.

© CLAUDIA CORTALEZZI, 2014.



CLAUDIA CORTALEZZI
(Argentina —Trenque Lauquen, Buenos Aires, 1965—)

Vive en Alejandro Petión, Cañuelas (provincia de Buenos Aires) y administra el sitio “Claudia Cortalezzi” (www.cortalezziClaudia.com.ar/) y, entre otras, la ciberbitácora “Acomodando palabras” (<http://estilonarrativo.blogspot.com.ar/>).

En **NM** publicó “Aquellos ojos” (# 9), “Adefesio” (# 11), “El Familiar” (# 15), “Con doble vuelta de llave” (# 23) y “Cuatro-Dos” (# 28).



UN SHAKESPEARE ANALFABETO

MAURICIO DEL CASTILLO

Cuando recibí una llamada de atención por parte del productor del programa cultural debido a la ausencia de Toscano, decidí sacar de su madriguera a mi autor favorito, así tuviera que dinamitar su departamento.

Nypos Toscano, el gurú de la novela contemporánea, aquel que hacía palidecer a Juan Carlos Onetti, Thomas Mann, Katherine Mansfield y Proust como los pobres diablos que eran. Su prosa era como la de pocos; sabía retratar a la gente con sus ingeniosos diálogos y la estructura de sus relatos se asemejaba al plan de un arquitecto ante un rascacielos.

Su más grande placer era levantarse todas las mañanas y correr hacia su máquina de escribir para llevar a cabo una nueva obra maestra. Aunque comenzó su profesión a una edad relativamente tardía (cuarenta años), fue reconocido de inmediato como

toda una revelación, al ser clasificado como un clásico de las letras.

Toscano no era un déspota como casi todos los escritores genios. Nada de eso. Su carácter y comportamiento eran de una persona apacible y amable. Cuando era recibido por parte de alguna institución o gobierno, Toscano se comportaba como si no fuera él quien recibiera los honores y la gala.

Fue reconocido por los presidentes de Francia y Polonia. Aún poseía sus títulos de doctorado honoris causa de la universidad de Harvard, La Sorbona y la Universidad de Santiago, entre otras. La Ciudad Autónoma de Buenos Aires lo declaró ciudadano ilustre, así como las de Moscú y Tokio. Recibió el Gran Premio de la Academia Real Española y el Premio Cervantes. Ahí mismo recibió la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio. En Sicilia recogió una rosa de oro como homenaje y símbolo de la

LA CASA EN POLANCO

ANTONIO SUÁREZ MORENO

Roque Santamaría despertó por un ruido. Estaba dormido en un nivel tan profundo que se sintió como cuando te lanzan en la primera caída de la montaña rusa de Chapultepec. Se sentó en la cama. Mirna, su mujer, dormía a un lado de él. No se había movido. Aguzó el oído. Sólo silencio. Debió haber sido algún acomodo de la casa. Era la primera noche ahí y aún no conocían los ruidos. La casa ya era vieja, construida a finales de los cuarenta en la prestigiosa zona de Polanco. Y su compra fue una ganga. Era más bien una construcción pequeña y estuvo a la venta durante algún tiempo sin que nadie hiciera una oferta por ella. Decidió volverse a dormir.

En cuanto se acomodó, volvió a escuchar el sonido. No podía definirlo. Se levantó con cautela y se asomó al balcón interno que daba a la estancia principal. La luna ofreció la luz suficiente para mirar con claridad. No se veía movimiento. El so-

nido cesó. Desde donde estaba, podía ver el cuarto de sus hijos; más abajo, a medio piso de distancia. Lo mejor sería revisar. Se levantó. Era necesario defenderse con algo. Las cajas con cosas que aún tenían que ser acomodadas estorbaban demasiado. Agarró su bate de béisbol. Con el Louisville Slugger se sintió más seguro.

Salió de la recámara principal. Apenas bajó un par de escalones, cuando escuchó nuevamente el sonido. Venía de la parte de arriba. Ahí estaba un cuarto que pensaban adaptar como salón familiar.

Se encaminó hacia allá. El sonido se apagó. La puerta de la habitación estaba abierta y se asomó tímidamente. Todo parecía estar en orden.

La escalera principal todavía subía hasta un par de puertas. Una daba a la azotea y la otra a una escalera más, y ésta llevaba a una bodega. En ella había muebles y otras cosas

Miré el entorno; me sentí pequeño ante el lujo que ostentaba ese *toilette*. Una modernidad que no había en mi tiempo; que yo no tuve en mi vida, ni antes ni después de morir mis tías. Corrí hacia la pequeña ventana y miré al exterior. Mi horror aumentó al ver esos vehículos estacionados a lo largo de la cuadra; modelos de automóviles que nunca antes había visto, ni siquiera en mis sueños más siniestros.

En ese momento todo el entendimiento del mundo llegó a mí.

¡No puede ser! Este estúpido, quien quiera que sea, ha estado jugando con el Necronomicón y me ha traído a la vida en su cuerpo...

Salí de la sala de aseo tambaleándome, a punto de caer en la vorágine de mi desesperación, cuando oí que la puerta de calle se abría. Intenté escapar; volver a la habitación en la que había despertado, creyendo recuperar mi vida, pero una mujer joven me vio y caminó hacia mí entre risas.

—¡William! —exclamó feliz y me tomó del brazo—. ¿Pudiste dormir esa siesta que tanto necesitabas? ¿O sólo me mentiste para no ir de compras conmigo? —preguntó, al tiempo que

se ponía de puntillas y me daba un beso fugaz en los labios.

—Lo siento, yo... —logré articular, sorprendido del tono varonil que ahora tenía mi voz.

—Tú y esa manía de rendirle tributo a ese pariente medio loco que vivió siglos atrás —dijo, y se encaminó hacia una de las habitaciones mientras se quitaba los zapatos de taco—. Espero que hayas adelantado esa lectura que era tan importante; no olvides que esta noche cenamos en lo de mi hermana.

La mujer no dejaba de hablar ni de quitarse la ropa ante mí, que no sabía para dónde mirarle. Sin embargo, a ella parecía no importarle; cuando quedó desnuda se acercó a mí, arrastrándome hacia el baño, quitándome la ropa y besándome, sin darme la posibilidad de explicarme.

Vamos, abuelito Howard, déjate de niñerías. Al menos tienes la oportunidad de conocer a una verdadera mujer... Deberías agradecerme...

Escuchar esa voz en mi cabeza me horrorizó, pero no tanto como los gusanos que aparecían y desaparecían reptando por la bella espalda de la mujer...

© PATRICIA K. OLIVERA, 2013.

PATRICIA K. OLIVERA (PATRICIA O.)
(República Oriental del Uruguay, 1970)

Colaboró, entre otros medios, en **Pseudònimis**, **Revista Literaria Palabras**, **El Descensor**, **miNatura** y **La Fanzine**.

En NM publicó "Pesadilla" (# 28) y "La sombra" (# 31).

sabiduría. Recibió de manos del presidente italiano la Gran Cruz de la Orden al Mérito. Por último le fue entregado por parte del rey Felipe VI de España el Premio Príncipe de Asturias. Todo un logro.

Aunque no fue ganador del Premio Nobel, su nombre siempre circulaba en voz de los académicos suecos, pero eso no lo inquietaba: él seguía perdido en sus fantasías y en sus sueños. Escribía lo que su corazón le dictaba: poesía, relato, novela, ensayo. Su talento se extendía incluso a la escritura epistolar, así como a sus bien intencionadas críticas. No era ningún sabelotodo, pero sí fue capaz de provocar suspiros a sus lectores, así como carcajadas y sentidas lágrimas. Si tuvo alguna vez algún defecto, se trataba de su delicada modestia: siempre decía que su obra no alcanzaría la eternidad. Toscano fue el primer y único crítico de su obra. Cuando fue interrogado acerca de quiénes eran sus influencias siempre decía: —Supongo que Quevedo, Poe o Alfonso Reyes. Pero siempre me quedé corto en el talento de cada uno de ellos. Nunca alcancé a mis mentores. Tuve que conformarme con ser Toscano.

¡Conformarme con ser Toscano! Es como si el Océano Pacífico se lamentara de no tener un litro de agua salada. Nunca despotricaba a sus colegas; de hecho, siempre los alababa como si en realidad fueran dueños de una aptitud literaria, cuando en realidad no era así. Al toparse con un mal libro decía: —Creo que podría alcanzar gran altura, si no abusara tanto de su retórica.

Fue invitado muchísimas veces a dar cátedras a universidades. Su conclusión era que un escritor nacía de la observación y la sensibilidad, no del talento o del prodigio. Todo el mundo se creía su mentira, cuando en realidad se trataba del dominio claro de un hombre hacia su arte.

Disfrutaba leer tanto a Vladimir Nabokov como la guía del teléfono. A mí me hacía arrancarme los cabellos de la cabeza cada vez que lo sorprendía leyendo novelas baratas.

—¿Por qué demonios lees esa basura? Bien podrías leer a Balzac, Gide o Neruda.

Desde su sillón favorito no apartaba la mirada de las líneas.

—Se puede mejorar si cambiamos la caracterización de los personajes, los diálogos, la sintaxis.

—Dirás si la escribes tú —dije, en claro tono de ironía. Pero él siempre lo tomaba como una simple sugerencia.

—Muy buena idea, Castellón.

Y cuando no escribía obras originales dedicaba su tiempo a hacer pastiches de obras clasificadas como paraliteratura. Y lo que más me sorprendía era su poder de transformar toda aquella mierda en algo sublime...

Esa noche me dirigí a su apartamento deseando tener su cuello entre mis manos. Había adquirido todo el tercer piso sólo para almacenar cientos y cientos de libros en estantes de madera. Su estudio conservaba toda clase de cuadros con paisajes volcánicos, en especial del Kilimanjaro. Infinidad de recortes de periódicos se hallaban pegados con cinta adhe-

siva en las paredes. La habitación, sin embargo, pese al desorden que imperaba a simple vista, indicaba que su dueño era un hombre de claras obsesiones. Entre sus tesoros se hallaba una tortuga de madera tallada en Nicaragua, un Mustang convertible rojo a tamaño escala, un elefante de cristal con una fisura interna y un robot hecho con tornillos y barras, ya oxidado. Sobre su tablero de lectura descansaban las páginas de su último manuscrito, todos atiborrados de observaciones y tachaduras.

Toscano no era asiduo a la era digital, por lo que su imaginación y talento se terminaban por desbordar en una máquina de escribir Remington bien conservada. Para él, el sonido de las teclas aporreadas era un coro celestial de ángeles. Y es por eso que, cuando estuve a punto entrar y atacarlo con toda serie de preguntas sobre su ausencia, me extrañó no escuchar su máquina de escribir. Tal vez debía estar buscando algo en su biblioteca como el estudioso que era, o simplemente se preparaba una taza de café caliente.

Toqué con los nudillos la puerta. Enseguida dije: —Toscano, abre la puerta. Soy Castellón.

No hubo respuesta.

Esta vez empujé la puerta con delicadeza. Ahí estaba Toscano, sentado en su cómoda silla, rodeado de viejos papeles, con su máquina de escribir preparada y una hoja blanca encima del rodillo. Cada uno de sus dedos estaba colocado encima de una tecla, apenas rozándolas. Se encontraba inerte, completamente ido. Parecía que esperaba algo o alguien para

comenzar a crear personajes y lugares. Si no fuera porque tenía la cabeza erguida, cualquiera diría que estaba muerto.

—¡Toscano! —exclamé—. Válgame Dios, ¿qué tienes?

—¿Qué? —despertó, de dónde sea que hubiera estado. Sus gafas colgaban justo en la punta de su nariz—. ¿Por qué me interrumpes? ¿No ves que me encontraba a la mitad de una gran historia?

—¿Una nueva novela? Lo siento, Toscano, no sabía que... —Me acerqué a observar su hoja mecanografiada, pero no había escrito ni una sola palabra—. ¿Qué tratas de esconder, Toscano?

—Yo nada —se encogió de hombros—. ¿Qué podría esconder?

—¿Te sucede algo? La editorial está bastante molesta porque no te apareciste en el programa. Tuve que interceder por ti.

—Lo siento, yo... No sé qué decir. Estuve trabajando toda la mañana.

No parecía tratarse de la misma persona. Toscano siempre destilaba alegría y buena vibra, pero ahora lucía bastante perdido. Su mirada estaba clavada en la máquina de escribir como si se tratara de un rompecabezas.

—Toscano, siento decirte esto. No has escrito ni siquiera una sola sílaba.

Apretó las comisuras de sus labios, sin hacer saltar algún parpadeo. Después descendió su rostro hasta el teclado con sus brazos rodeando su cabeza. Exclamó en un sonido ahogado: —¡No puedo escribir!

—¿Eh? ¿Qué dices? ¿Cómo que no puedes escribir?

¡Qué bien me sentía allí! Me sentía como en casa... mi casa. Allí donde pasé los mejores momentos de mi vida.

Acaricié la madera lustrosa del escritorio y vi mis dedos largos y blancos; manos de hombre, bien cuidadas. Me resultó extraño. Miré mis manos sorprendido; en el dedo anular de la izquierda llevaba un alianza gruesa, de oro. Mis ojos se detuvieron en los zapatos de cuero marrón. Se veían de calidad; posiblemente fueran caros. Continué observando y tocando el traje azul que llevaba puesto, hecho a medida; buena tela, excelente calidad. Toqué mi rostro, al que aun no había visto, al tiempo que buscaba por allí alguna fotografía mía. De pronto reparé en una plaqueta de bronce que descansaba junto a las carpetas; "William Greene Lovecraft", se podía leer sobre la brillante superficie. Entrecerré los ojos. Los recuerdos comenzaron a arremolinarse en mi cabeza; había muchos, pero ninguno correspondía a esas últimas horas.

¿Qué está sucediendo? ¿Quién es ese William? Con Sonia no llegamos a tener hijos; al menos, que yo estuviera enterado. Es imposible que tengamos descendientes ahora.

Abatido, me senté en el sillón de cuero, tras el escritorio. Los recuerdos eran confusos. Siempre pensé que lo que sucedió aquella noche en casa de Sonia, cuando celebramos el divorcio con una botella de vino, había sido sólo un sueño; nuestra última noche juntos...

En medio del desconcierto mis ojos se toparon con una fotografía en blanco y negro en la que posaba con Sonia, en el inicio de nuestra relación. Cuando iba a respirar aliviado, la fotografía en colores que se hallaba junto a ésta, en marco dorado, me descolocó; un joven muy parecido a mí, con una gran sonrisa en el rostro, posaba con dos chicas y una pareja mayor. Mi curiosidad me llevó a estirar el brazo para tomarla, pero con el movimiento arrastré las carpetas que cayeron al piso, dejando al descubierto un libro voluminoso de color marrón, de tapas duras, desgastadas, con una especie de cintillo de cuero que envolvía al libro y se prendía a una hebilla de bronce opaco, para mantener sus peligrosos secretos a salvo de ojos curiosos.

Un libro que conocía muy bien y que me aterraba. Me retiré hacia atrás con rapidez, como si me quemara; mi respiración se aceleró y la angustia se apoderó de mí. Ya no me sentía a salvo allí; algo había sucedido y no entendía qué era.

Salí apresurado de esa estancia, en busca de alguien que me diera una explicación. El resto de la casa destilaba el mismo aire antiguo, pulcro y acogedor. Sin embargo, ya no me sentía bien en ese lugar. Comencé a abrir puertas, para ver si me topaba con algún ser vivo, pero no hallé a nadie. En mi desesperación abrí una puerta que me llevó al *toilette*. Iba a retirarme desilusionado, pero recordé que quería ver mi imagen y me acerqué al espejo.

Cuál no sería mi estupor cuando me vi frente a alguien que acababa de conocer en una fotografía en color.

LAZOS PELIGROSOS

PATRICIA K. OLIVERA

*“Que no está muerto lo que yace eternamente,
y con los eones extraños incluso la muerte puede morir”*

(H. P. LOVECRAFT)

Era una casa muy antigua. Sus pisos de madera eran tan viejos que crujían ante mis pasos vacilantes. El *crac crac* de la madera y el aroma que impregnaba el aire, mezcla de cera para muebles y clavo de olor añejo, que no por ello se volvía desagradable, me hacían sentir como en casa.

Me encontraba en lo que parecía ser un estudio, pero su morador no se encontraba allí.

A través de los pesados cortinados de encaje que cubrían el ventanal se filtraban los rayos del sol de mediodía, que cruzaban la estancia y permitían ver partículas de polvo flotando entre la luz.

Todo estaba limpio. El tapizado color chocolate de la otomana resistió imbatible el paso del tiempo, al igual que el empapelado con motivo de hojas verdes que cubrían las paredes. Sobre el escritorio, que parecía en perfecto orden, se apreciaban algunos

elementos con claras muestras de haber sido utilizados recientemente, como la máquina de escribir, una antigua Olivetti que aún tenía una hoja incrustada, con varios renglones ya tipeados; un sello que se veía mojado, sobre una almohadilla empapada en tinta azul, y dos o tres plumas esparcidas como al descuido, junto a un par de tinteros cerrados y varias carpetas.

Una gran biblioteca ocupaba toda la pared tras el escritorio. Los lomos rojos y dorados exhibían títulos y autores de todas las épocas y lugares; muchos que no conocía, como Mario Benedetti, García Márquez, John Green, Machado de Asís, Isaac Asimov, George Orwell, Haruki Murakami, Ferdinand de Saussure, Noam Chomsky y otros que provocaron que me emocionara al punto de las lágrimas, como Robert Bloch, Clark Ashton Smith, Robert E. Howard, August Derleth, Donald Wandrei o Edgar A. Poe.

Me miró con el rostro lleno de total pavor.

—No se me ocurre nada. Ni siquiera una tonta estrofa.

—Te refieres a un bloqueo mental —señalé, un tanto divertido—. Bueno, tarde o temprano tenía que pasar. Todo gran escritor pasa por uno. Nada que el buen Mallarmé no pueda curar.

—No, esto no se puede resolver con leer poesía. No es tan sencillo. Esto ocurrió de un día para el otro. ¡Castellón, tienes que crearme! —Guardó silencio, incapaz de continuar. Observó con infinita tristeza su máquina de escribir, como si se tratara de un agente de tránsito al que no se le pudiera sobornar.

Lo primero que dije al ver su comportamiento fue: —Dejaré que llegue el poder a ti poco a poco. Mientras buscaré la forma de decirle a los de la editorial qué fue lo que ocurrió. En un rato paso a verte y me dices cómo te fue.

Apenas movió su cabeza con un ademán displicente. Cerré con lentitud la puerta, tan quedo como pude para no hacer ruido. En el pasillo me encontré a un niño montado en un triciclo. Cuando estaba dispuesto a emplear la tercera velocidad y hacer chirriar ese cacharro, puse un pie en su llanta delantera, coloqué un dedo en mis labios y solté un rotundo *¡shhh!* El niño regresó a su departamento sin decir nada, pero arrojándome una mirada por demás hostil.

Bajé las escaleras, sin prisas, concentrado en no chocar las suelas de mis zapatos con el suelo. Podría decirse que deseaba para Toscano una apacible atmósfera de escritura,

lejos de los sonidos mundanos que pudieran interrumpirlo. Así son los genios: denles un poco de calma y pintan la Gioconda, descubren las leyes de la relatividad o escriben el *Ulises*.

Su estudio era su campo de batalla. Ahí fue donde Jairo tocó la puerta del convento y halló a su madre después de seiscientas páginas de búsqueda frenética. Es ahí donde el policía retirado McHiggins abandonó una vida llena de vicios y corrupción por la única razón de que se enamoró de una florista. ¿O qué me dicen de los enfermos expatriados durante la Guerra Civil Española? Todos y cada uno de ellos fueron concebidos en el estudio de Toscano.

Nadie como él pudo escribir eso, nadie como él pudo crear toda esa obra. Y ahora estaba abrumado, incapaz siquiera de soltar sus manos. Lo peor que le puede pasar a un escritor es no escribir. Sentí pena por él.

Fui a dar una caminata por el parque. Eso me tranquilizó. Mi ánimo estaba por las nubes, y si yo mismo fuera el gran Nypos Toscano escribiría de una sentada *La Guerra y la Paz*.

Cuando arribé de nuevo al piso donde se alojaba, pude ver a los vecinos justo afuera de su departamento, murmurando. Al observarme, uno de ellos se colocó justo frente a mí.

—¿Usted es su amigo, verdad? —me interrogó, con una ceja alzada y mirándome sin mucha confianza. Tenía la voz demasiado aguda, y por sus facciones ratoniles me dio la impresión de que le agradaban las intrigas.

—Así es —dije—. También soy su agente. ¿Qué ocurre?

Al momento se escucharon los terribles sollozos de Toscano. Era como si se quejara de un fuerte dolor de cabeza.

—Ha estado así desde que armó un escándalo con sus cosas —dijo una señora—. Hable con él si no quiere que llamemos a la policía.

—O al maldito manicomio —dijo sin buen humor un anciano. Por suerte llevaba conmigo una llave de repuesto. Abrí la puerta con lentitud y la cerré de golpe sin dejar ver el interior. Ahí dentro me encontré con el desastre provocado por un huracán. Papeles y libros desperdigados en el suelo, el escritorio fuera de lugar, su lámpara búlgara hecha añicos, la máquina de escribir tumbada al otro lado del estudio y sus dos libreros volcados.

Pensé que dentro de todo este caos desatado debía haber alguna señal de vida. El sonido de sus sollozos me guió hacia donde se encontraba él. Justo en un rincón, hecho un ovillo y con las lágrimas aún corriendo sobre sus mejillas, se encontraba Toscano. Sus cabellos desparados y alborotados me hacían figurar que se había vuelto loco.

—¿Toscano? ¿Qué ocurrió aquí? ¿Qué te sucede?

—¿Castellón? —preguntó, como si hubieran pasado mil años desde la última que nos vimos.

—Te dejo solo por un par de horas y provocas un tifón.

Ocultó su rostro, como un niño culpado por una travesura que no cometió. Apoyé una mano en su hombro y lo ayudé a ponerse en pie.

Toscano miró su lugar de trabajo con cierta melancolía y añoranza. Parecía querer despedirse de todo y optar por dar un gran salto al vacío.

—*El gran Gatsby* —susurró.

—¿Qué dices?

—*El gran Gatsby* —repitió, esta vez con más claridad—. *Madame Bovary*, *El rey Lear*, *Crimen y castigo*. ¡Oh Dios! Como disfrutaba esas lecturas. Mi último placer fueron los cuentos completos de Robert Louis Stevenson.

—Toscano.

—Por favor... Sólo déjame tomar asiento.

Obedecí. Comenzaba a deprimirme su estudio derrumbado. Busqué sus libros entre todo el caos provocado. Luego de diez minutos los encontré, pero se limitó a mirarlos sin mucho interés.

Ya más tranquilo, dijo: —Eso es todo. Terminó. Esto no iba a durar para siempre.

—Es sólo un bloqueo mental. Ya te dije que lo superarás.

Negó con la cabeza, casi para sí mismo.

—No. Se trata de algo más profundo. Castellón, ¿desde hace cuántos años eres mi agente literario?

—Desde hace treinta, amigo.

—Y antes de esos treinta años, ¿sabías quién era yo?

—Claro que sí, tú... —me interrumpí. En realidad no lo había conocido antes. Ni siquiera sabía quién era Nypos Toscano cuando no escribía o recibía algún reconocimiento. Yo era muy joven cuando tomé bajo mi protección a ese hombre tímido y lleno de inseguridades. Su primer

na y de los campos de cometas, exploramos mundos primigenios, trozos tempranos de estrellas y lunas donde unos pocos supervivientes se instalaron, mientras el Sol expelía delgadas cáscaras de roja atmósfera hacia el impávido público de las galaxias vecinas. Colonizamos algunos de estos mundos extraños, binarios, donde la sopa primordial comenzaba a congelarse en la inminencia de la noche definitiva. Pero la empresa humana había perdido su vigor y no era más que un aliento helado en el otoño de los planetas. Apenas algún grupo emitía, de tanto en tanto, su llamada de radio en las distancias desoladas.

Mientras el Sol expulsaba su superficie en oleadas, avanzando hacia el arco iris maravilloso de la nebulosa planetaria, los mundos helados se iban desparramando en la noche infinita. Mis últimos compañeros se perdieron entre los orbes incontables que

se extendían en la tenue marea del Sol.

Desde allí me lancé hacia la Nube de Oort, lejos y más arriba que nadie antes, guardando en mi pecho todos los tesoros de la cultura humana y en mi cerebro de vanadio las claves para reconstruir una nueva civilización, más allá de las estrellas.

Atravesando los vastos campos del espacio vi al Sol irisarse y florecer en la lenta y grácil joya de la nebulosa planetaria, liberando finalmente a los planetas de su vasallaje gravitatorio. Máseres de agua y arena traspasaron mi inconsútil cuerpo de androide, señalándome el camino de partida como un cuásar distante a través de los pársecs.

Ahora he llegado hasta aquí, al exterior de la Nube de Oort, al borde de lo que queda del sistema solar.

Estoy solo.

La noche me espera.

© MAXIMILIANO GIMÉNEZ, 2014.

MAXIMILIANO E. GIMÉNEZ
(Argentina —Quilmes, Buenos Aires, 1973—)

Incurrió en la música y la expresión plástica y publicó la novela *Historia natural* (1995), así como relatos y artículos diversos en revistas de la Argentina y España.



PROXIMA
es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante.

<http://revistaproxima.blogspot.com/>

CONSIGALA EN:

- CLUB DEL CÓMIC: Montevideo 255, CABA
- CLUB ORSAI / QUOSQUITO DE LIBROS: Estados Unidos 2786, CABA
- EL BANQUETE LIBROS: La Pampa 2508, CABA
- ENTELEQUIA Belgrano: Juramento 2584, CABA
- ENTELEQUIA Centro: Uruguay 341, CABA
- ESPACIO MOEBIUS: Balles 698, CABA
- KIOSCO DE DIARIOS Y REVISTAS PUCARÁ: Av. Corrientes 559, CABA
- LA COMARCA, THE OUTER RING COMICS: Neaquéen 599, CABA
- LIBRERÍA TERRAMAR: Av. de Mayo 1110, CABA
- TARDIS. Kiosco de revistas, cómica y libros: Av. Independencia esq. Perú, CABA
- KIOSCO DE DIARIOS MORENO: Piovano esq. Martínez Melo, Moreno (BA)
- LIBRERÍA LPI-BROPOPOS: Martínez Melo 178, Moreno (BA)
- LIBRERÍA TIEMPOS DE PAPEL: Calle 27 nº 354, nº 18 y 19, Mercedes (BA)
- PURD CÓMIC: 3 de Febrero 1180, Rosario (SF)

TAMBIÉN EN:


en función de las nuevas exigencias que plantearía el ambiente: calor, frío, radiaciones, presiones extremas. En las tenues pero vaporosas auroras del planeta los humanos se sentían esperanzados e inclinados a concebir grandes planes, aunque el Sol estaba cada vez más cerca y la distancia que nos separaba de Júpiter era verdaderamente enorme.

Establecimos una serie de etapas de salto que nos llevaran hacia los satélites de Júpiter a través de los asteroides, para catapultarnos luego hacia Saturno y Urano. El proceso de incremento de masa generado por el artefacto ryld parecía haberse detenido, pero el globo solar seguía expandiéndose, y la masa añadida había comprimido todo el sistema solar en un volumen menor.

Bajo los paisajes de azufre de lo vivimos en galerías de lava, alimentados por las mareas jovianas que emitían su música al compás del equinoccio. Las auroras eléctricas estallaban en el cielo cargado de gases y las luces ponzoñosas se reflejaban en nuestros ojos como mágicas medusas en el mar del firmamento. Pero el Sol seguía creciendo y Júpiter comenzaba a calentarse de un modo intolerable. Continuas tormentas de plasma convirtieron pronto a las lunas jovianas en desiertos radioeléctricos inhabitables, atravesados dondequiera por partículas de alta energía.

En Titán, la principal luna de Saturno, hallamos cierto sosiego, construyendo ciudades-globo que albergaron una intensa pero efímera cultura. La mayor parte de la población estaba conformada ya por unidades de co-

lonización androide, y los humanos representaban una infima minoría. Muchos se habían desperdigado por asteroides y cuerpos celestes de alta excentricidad, intentando escapar de la debacle mediante el exilio espacial. No obstante, yo seguía adelante, intentando conservar nuestra civilización, hacia los gigantes helados, a los confines más oscuros.

Nuestras órdenes procedían esencialmente de las comisiones de logística androide, pero —en el campo de electrones asesinos en el que había devenido el corazón del sistema solar—, las cuotas de autonomía concedidas eran cada vez mayores.

A los volcanes multicolores de los sucedieron las chimeneas negras de Tritón, bajo el estremecedor celeste de Neptuno en el cielo. Las ciudades hidroespaciales que habíamos diseñado nunca fueron construidas; ahora no éramos más que un puñado de colonos arracimados a la luz lejana de la gigante roja, esperando a compañeros que nunca llegarían. Agotado su combustible, el Sol comenzaba a enfriarse y volverse más tenue, herido ya de muerte por el artefacto ryld. Sabíamos que pronto expulsaría su atmósfera en estertores convulsivos que barrerían los planetas exteriores; nos lanzamos hacia el Cinturón de Kuiper, hacia los mil mundos que la catástrofe solar había descongelado. A medida que el Sol perdía su masa, la mirada de planetoides que circundaba el sistema solar se alejaba hacia el negro espacio interestelar, volviendo a su sueño hibernar, hasta que la luz se apagara.

Más allá de Plutón, más allá de Orcus y de Quaoar, más allá de Sed-

libro de cuentos fue toda una revelación. Y ante las buenas críticas y aceptación del público no tuve tiempo de sentarme y charlar con él acerca de sus orígenes, su familia y todos aquellos puntos que forjan al individuo. Él mismo me ayudó a desenvolverme mejor en las esferas literarias, de modo que muchos otros escritores deseaban mis servicios. Y eso hice. A partir de ahí todo fue cuesta abajo, con Toscano marcando el ritmo con su gran pluma.

Hasta ahora.

—Castellón, yo nunca fui un escritor.

—Eso ya me lo habías dicho. Querías ser periodista y tener una columna en el “New Yorker”, ¿no es así?

—Correcto, deseaba ser periodista. Pero no pude serlo: sería muy evidente para todos.

—¿De qué hablas?

—Castellón, hay algo que tengo que decirte... Un año antes de que publicaras mi primer libro de cuentos... bueno, yo... ¿Cómo decirlo? No sabía leer ni escribir.

Alcancé a parpadear, deseando que lo volviera a repetir.

—¿Qué?

Asintió, con una vergüenza que apenas pudo contener. Le costó trabajo continuar, pero luego de unos momentos se animó: —Así es. Justo como lo oyes. Yo era tan ignorante como un albañil y tan retrógrado como un sacerdote de la Edad Media. Y mi nombre verdadero no es Nypos Toscano, sino José Hernández. “Nypos Toscano” es mi seudónimo.

Miré con solemnidad a Toscano. Luego de apoyar una mano en su

hombro, dije: —Nypos... Todos los genios como tú se sienten ignorantes. Una vez que llegan a la cima de la creatividad piensan que hay un nuevo nivel, pero no es así. Tal vez esto es todo lo que puedas dar de ti mismo. Borges pensaba que su escritura no estaba a la altura de sus maestros. Sólo cargas con un complejo.

—Quieres levantarme la moral, ¿no es así? Déjame hablarte de José Hernández. Su padre era el típico neandertal que llevaba sobras de comida a la mesa para que su abnegada madre las cocinara. No había forma de que aprendiera de ellos algo que lo hiciera resaltar en un mundo como éste. La escuela pudo ser una opción, pero ante la falta de un mentor José Hernández se perdió en la codicia, en el vicio y en la vida frívola de sus semejantes, destinado a pasar penurias y gravísimas penas a falta de una educación. Nunca aprendió a leer y escribir; ni siquiera sabía que significa la letra “a”.

”Abandonó su casa y se fue a probar suerte en la gran ciudad. A falta de un plan concreto, su estilo de vida no le permitía vivir como hubiera querido. Hacía lo que fuera necesario para subsistir: cargaba costales de cementos, limpiaba platos, vendía diarios en las avenidas. Incluso participó en una sesión de fotografía no apta para menores de edad. Te repito: *lo que fuera necesario para subsistir*. Pasó hambre la mayoría de las veces y si no fuera por personas caritativas se hubiera convertido en polvo. No había modo alguno de que trascendiera por sus medios. No conocía los libros ni las bibliotecas.

No conocía la belleza misma del mundo.

”Sin embargo todo cambió después de encontrar un trabajo en una maderería junto a una central de energía. El trabajo en la maderería le procuró algunos ingresos lo bastante generosos como para tener dos comidas al día y dormir bajo un techo. Una tarde, como cualquier otra, en el que la cotidianidad marcaba el ritmo del tiempo y el rumor de la central de energía ambientaba los alrededores, la mente de José se transformó. Fue durante la comida cuando sus pensamientos se concentraron en un solo punto. Mirando más de cerca la etiqueta de una lata de atún, comprendió de pronto que los garabatos que brotaban de aquella etiqueta eran una “A”, “T”, “U” y una “N”. Esto debió encajar en la parte de atrás de su cabeza, porque de pronto llegó a la conclusión de que esos símbolos formaban juntos la palabra “ATÚN” y que la lata contenía atún ahumado. Esta revelación lo golpeó con una fuerza acelerada. Los símbolos, los caracteres, las letras y los números cobraron significado con una intensidad y nitidez nunca antes percibidas, claro como una imagen sensorial. Un placer convergió dentro de su mente, a tal punto de crear asociaciones, plantear hipótesis, llegar a conclusiones. Y entonces se inmovilizó de nuevo, porque de repente fue golpeado por la idea abrumadora de que todos los demás garabatos y signos intentaban decirle algo; una secreta sabiduría, si tan sólo eran leídos.

”Meditó acerca de esa extraña idea en que la que se aplican las leyes

naturales a lo imposible. ¿Cómo fue que José entendiera el alfabeto, la ortografía, la sintaxis, su significado y sus reglas? Bueno, para eso había una explicación plausible. Vivía cerca de la central de energía. Alguna insospechada energía emanada de ella, un campo electromagnético, dirigió a José Hernández para saber sobre esos secretos guardados, como una fuerza superamplificadora capaz de abrirle el mundo y sus maravillas. Todo podía interpretarse: las letras, los números, las fórmulas matemáticas, las figuras geométricas. ¡Todo!

”Corrió, Castellón. Corrió como un hombre transformado. Un nuevo concepto de vida, una nueva forma de interpretar al mundo, entenderlo y ejecutar a partir de sus reglas. Acudió a una biblioteca pública y, a pesar de que no tenía un solo bocado en el estómago, se hallaba ávido de conocimiento. Reconoció cuál fue el origen del hombre, estudió sus diferentes etapas y las biografías de aquellos que le dieron forma a la historia. Sintió que esos autores le explicaban cosas que nadie en su vida hasta ese momento había hecho. Estudió ensayos matemáticos a fin de entender el mundo que lo rodeaba. A medida que más conocía, más preguntas se hacía. Nunca fue un erudito, Castellón, nunca lo fue. Pero siempre tuvo la inquietud de saber más.

”Ahorró lo suficiente para rentar un despacho, instaló una mesa y una silla y adquirió una máquina de escribir. Todas las noches escribía acerca de la belleza del mundo. Fue entonces que reunió las suficientes páginas y las presentó en oficinas

gruesa capa de finísimo carbón que tiznaba en forma irremediable a quien se animara a caminar por su superficie. La sabiduría de los hombres, y su gusto por los objetos bruñidos y brillantes, los habían hecho agujerear arriba y abajo el viejo pedrusco, de modo que cuando llegué me encontré con una verdadera galería flotante de corredores, pasadizos y túneles, pasillos, tuberías, ductos y conductos, recorridos en toda su extensión por una marejada de máquinas, hombres y robots, que aprontaban a toda marcha las estructuras para la nueva labor. Estando allí tenía la impresión de estar colaborando en la construcción del mundo, como un obrero revolucionario fabricando el mañana.

Y no era para menos. Cuando emprendimos el breve viaje a Marte, para transformar las diminutas colonias ya emplazadas en verdaderas ciudades, el Sol había devorado a Mercurio y se ensanchaba sin dar pistas de perder ímpetu. La mayoría de los habitantes de la Tierra ya habían sido evacuados, pero en ese momento la Tierra misma era prácticamente inhabitable. La extrema temperatura había convertido la atmósfera en un horno infrarrojo y los océanos se habían evaporado en gran parte, dejando enormes extensiones de tierras baldías. Más allá, a setecientos millones de kilómetros hacia el Sol, los cielos de Venus ardían en llamas de sulfuro.

El viejo Marte se revelaba, hacia nuestro lado, como promisorio. Utilizamos los legendarios canales para guiar el recorrido del agua que fluiría en breve, al deshelarse los casquetes

polares. Inyectamos gases de invernadero en la atmósfera, para darle consistencia. Transformamos los desiertos en estepas, y luego en praderas. Construimos muchas cosas.

Construimos puentes, represas, refugios subterráneos, escuelas y hospitales. Construimos estacionamientos, cloacas, aeropuertos y edificios gubernamentales. Construimos rutas y autopistas.

Muchas no llegaron a utilizarse. El generador de masa aceleraba la evolución del Sol hacia la fase de gigante roja, y su energía abrasadora consumía las órbitas de los planetas interiores. Huimos hacia el Cinturón de Asteroides.

Ceres, el mayor de ellos, ofrecía al menos la posibilidad de un refugio temporario. Para entonces la población humana había disminuido drásticamente y la cadena de mando comenzaba a desmoronarse. Me uní a un contingente de trabajadores y organizamos la logística de los recursos que iban llegando al planeta. A medida que se reunían las diferentes oleadas de emigración, nuevas formas de gobierno determinaron la necesidad de una pausa en la lógica del exilio y una reestructuración de la sociedad que respondiera al enorme salto que se precisaba acometer. Se enviaron naves y robots para la explotación minera de los asteroides cercanos, se perfeccionaron los métodos de síntesis de alimentos a partir de la condrita carbonosa y otros componentes asteroidales, y se desarrolló un nuevo tipo de armadura personal para las unidades de colonización androide, más resistente y versátil,

EN LAS PLAYAS DE LAS ESTRELLAS

MAXIMILIANO E. GIMÉNEZ

Empecé a escapar cuando el Sol comenzó a volverse más grande. La guerra con los ryld ya llevaba trescientos años y no daba signos de poder acabarse cuando sus ejércitos lanzaron contra el Sol lo que resultó ser un generador de masa, un artefacto mortífero que acabaría con el sistema solar. Los terrícolas respondieron con un devastador ataque de rayos gamma que calcinó la mayor parte de los planetas ryld y redujo a cenizas sus ciudades, pero el daño ya estaba hecho.

Yo vivía en la hermosa ciudad Superior, en Trivalla. Una serranía dentada de edificios-nube se elevaba ligeramente sobre lo que habían sido los montes costeros, y se adentraba en el mar formando una franja extendida y original sobre las aguas prehistóricas. Los Directores habían asignado a los habitantes de la Tierra los recursos suficientes para contar con un enorme territorio cada uno, pero

los humanos insistían en juntarse y vivir apilados unos encima de otros siempre que podían.

Afortunadamente en ese momento me encontraba en la Luna, en las inmediaciones de Crisium, terminando de montar un buzón con dirección por rayo para la recepción de mercancías provenientes de la Tierra. Afortunadamente digo, porque si bien la Tierra no contaba entonces con más de ochocientos millones de habitantes, un éxodo de esa magnitud probablemente hubiera disminuido significativamente mis oportunidades de ponerme a salvo. Me ordenaron viajar a Marte a fin de disponer las instalaciones para los refugiados terrestres, así que mi primera misión fue dirigirme a la Estación de Relevo en Fobos para adaptar los módulos de tránsito al flujo esperado de pasajeros.

Fobos era un satélite enormemente polvoriento, cubierto por una

de agencias literarias para que alguien considerara ser su representante.

—Y yo acepté tus manuscritos —dije—. Tus manuscritos, pensando que era la obra de un genio.

—Yo no quise ser famoso, Castellón, ni deseo ganar el premio Nobel de Literatura. Lo que yo siempre quise es que este poder semiótico no se acabara, y ahora...

—¿Quieres decirme que ya no puedes leer? ¿Ni escribir?

—Aún puedo hacer eso. Pero hasta ahora no llegan las palabras adecuadas, aquellas que puedan transmitirme el mensaje correcto. El poder que me fue otorgado sólo tiene cierto tiempo de vida. Pero pronto no podré leer siquiera mi nombre.

—Nypos..., no puedo aceptar que todo ese conocimiento que adquiriste se desvanezca. Lo has aprendido, y lo que bien se aprende nunca se olvida.

—Pero cuando ya no pueda interpretar los símbolos no podré nunca más asociar ideas, deducir, ejecutar. Por lo tanto lo olvidaré. Sólo quedará el recuerdo del gran hombre que fui.

Se desembarazó de la cama como si Lázaro hubiera resucitado de nuevo y comenzó a preparar una maleta con rapidez.

—No quiero estar aquí cuando me pregunten acerca de mi obra y yo responda con el gruñido de un cavernícola —dijo.

—¿Te piensas ir? —pregunté, aún sin creerlo—. Nypos, escúchame, ¿qué sucederá con tu carrera? Tu última novela aún está inconclusa...

—La terminé anoche, justo cuando sentía los primeros síntomas del

desvanecimiento. El final no es lo mejor, pero creo que es publicable. Te encargo la última revisión.

Me quedé mudo y lo miré por largos momentos, siendo testigo de cómo lo extraordinario se convertía en algo vulgar y corriente. Estaba seguro de que, si lo enviaba a una escuela para adultos, aún podía rescatarse algo... Pero su expresión decidida me impedía plantearlo.

—Nypos, ¿regresarás?

—No lo sé. Aprenderé por mi cuenta. Pero a medida que entre a la vejez me costará más trabajo concentrarme. Te escribiré. No sé cómo, pero lo haré.

Luego de juntar ropa y latas de conserva en su maletín, estuvo a punto de llevarse consigo algunos libros, pero en el último momento no lo hizo: a dónde fuera no necesitaría más de ellos. Ésa fue la última vez que lo vi.

Nypos Toscano, el maestro Toscano, me escribió a los dos meses, pero su carta presentaba ya serias faltas de ortografía y una gramática tan paupérrima que hizo falta que la leyera dos veces para entenderla. Su último libro se vendió bien. Ésa fue su última carta de amor, a pesar de no recibir la ayuda que necesitaba para seguir destacando.

Me he encargado personalmente de que reciba las regalías por toda su obra. Cuando ya no pudo escribir más, recibí dos años después cartas de una profesora de primaria dictadas por "José Hernández".

Nunca obtuvo el Premio Nobel de Literatura. Pero su busto en la Biblioteca Pública del Centro me re-

cuerda que todas las mujeres y hombres de este mundo tenemos un talento escondido. Lo único que necesitamos es un hada mágica en forma

de campo electromagnético para darlo a conocer al resto de la Humanidad.

© MAURICIO DEL CASTILLO, 2014.



MAURICIO DEL CASTILLO
(México —México, D.F., 1979—)

Licenciado en Comunicación, colaboró con **NGC 3660**, **BEM online**, **Sitio de Ciencia Ficción**, **Otro Cielo** y **Axxón**.

En **NM** publicó “Edipo, viajero en el tiempo” (# 23), “La respuesta está en el centro” (# 26) y “La gallina transmutada” (# 30).

zan por todas partes. En un instante, dejan de cantar; se quedan estáticas en el aire. La niña las observa; luego lanza una mirada fugaz a su perrito de felpa. Tike está muy lejos.

Se oyen muchas risas.

El viento llora.

Entonces, aquellas lucecillas se transmutan en una gran sombra que se abalanza contra la pequeña. Ella grita con todas sus fuerzas; llama a su papá y a su mamá, pero nadie puede escucharla.

La sombra está sobre la niña.

El sauce llora; el pequeño Tike parece que también llora. La pequeña sigue gritando; luego se calla. Se oyen varios pasos. Su mamá y su papá entran en la habitación, pero es demasiado tarde.

La sombra se ha esfumado; la niña ya no está.

Sólo se escucha la canción.

*Nuestra canción es felicidad,
nadie lo puede negar,
y bailamos alegremente
bajo la luz de la Luna Creciente.*

*¿Está perdida la pequeñita?
Está con nosotras la bonita.
Está perdida la pequeñita;
nunca volverán a verla en la vida.*

La canción desaparece. La madre toma al pequeño Tike, lo abraza y se echa a llorar sobre la cama de su hija. El padre va junto a ella. Ahora todo es un rumor: la niña y la canción.

© DANTE GALUZ, 2014.



DANTE GALUZ
(México, 1989)

Matemático. Escritor de fantasía. Viajero del tiempo. Viajero interversal. Nació en un universo paralelo. Sus textos están inspirados en lo que ha visto en otras realidades. Comenzó a escribir después de leer a J. R. R. TOLKIEN y a GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER. Sus autores favoritos, además de los ya mencionados, son ROBERT HEINLEIN, ALGERNON BLACKWOOD y WILHEM HAUFF. Es aficionado a la Teoría de Números y la numerología. No confía en los números compuestos (sobre todo el 8) y su número primo favorito es el 65537.

que ella duerma. De pronto, una lucecilla se estrella contra el cristal. La pequeña grita, corre y se oculta bajo las sábanas; no quiere saber del ser que toca a su ventana.

El viento deja de llorar. Por un momento hay un silencio total; luego, se oyen múltiples voces.

Entonan un canto.

*Nuestra canción es felicidad,
nadie lo puede negar;
y bailamos alegremente
bajo la luz de la Luna Creciente.*

*Somos hermosas, en verdad;
nadie lo puede negar,
y cantamos fervientemente;
volvemos a los hombres
[vehementes.*

La pequeña tiembla bajo las sábanas; se tapa los oídos, pero la canción se escucha con toda claridad. No puede evitarla. La melodía invade su habitación; está en todas partes. Casi siente que le cantan sólo a ella, muy cerca de su oído. Abraza a su preciado Tike.

La canción continúa.

*¿Estás perdida, pequeñita?
Ven con nosotras, bonita.
Disfruta de las delicias,
preciadas e infinitas;*

*disfruta de la eternidad,
de la belleza y de la bondad.*

*¿Estás perdida, pequeñita?
Ven con nosotras, bonita.*

Las sábanas se agitan. El perrito de felpa asoma la cabeza y comienza a moverse de un lado a otro siguiendo el ritmo de la canción. Tike danza frenéticamente. La niña trata de detenerlo,

de hacerlo regresar al escondite; de ponerlo a salvo. Pero sus esfuerzos son inútiles. La canción es poderosa y ella misma cae bajo el influjo.

Se levanta y baila con Tike sobre la cama. La canción ahora está en su cabeza; la escucha como si ella misma la cantara. Sonríe; luego extiende sus brazos, comienza a dar vueltas hasta que pierde el equilibrio y queda tumbada sobre el colchón. Se ríe y abraza a su preciado Tike.

Otra lucecilla se estrella contra el cristal. La niña se acerca y mira por la ventana. Afuera, varias lucecillas mariposean entre los árboles; tienen decenas de colores y danzan bajo la luz de la Luna. La pequeña sonríe y le muestra las luces a Tike.

El perrito las mira fijamente; sobre sus negros ojos aparecen decenas de puntitos brillantes. Se acercan al cristal y se estrellan contra él, pero nunca dejan de cantar. Invitan a la niña a que se una a su canto bajo la luz de la Luna.

El viejo sauce se estrella contra la ventana. Sus hojas golpean el cristal. Parece que quiere alcanzar a la niña, pero ella sigue bailando con su preciado Tike entre los brazos. Las lucecillas continúan con su canción y resplandecen con más fuerza. Los árboles bailan sin detenerse. Sus raíces se estremecen, sus ramas crujen; un poderoso hechizo se cierne sobre ellos.

De pronto, la ventana se abre. Una ráfaga de viento entra con violencia y tumba a la pequeña; Tike rueda por el suelo dejándola sola. Las lucecillas se vuelan en la habitación; dan-

AHIRA

ROCÍO SALA ESPIELL

Le miró la piel; era blanca, lisa y cubría cada centímetro de su cuerpo. Tenía el pelo suelto y estaba totalmente desnuda. La tomó de la cintura y la acercó hacia él. La peinó con una de sus manos y con la otra le rozó el brazo, logrando que se le erizara la piel. Recorrió con la vista cada curva y recoveco de su cuerpo, pero nada de eso lo excitaba. Lo que más lo erotizaba era el hecho de que tuviera de nuevo toda la piel.

La volvió a mover hasta tenerla casi pegada. Quería sentir el aroma y la suavidad de ese órgano elástico, joven, intacto. Se acercó a sus labios y escuchó un ruido. Intentó levantar el brazo para que el sensor de la puerta lo captara y el cartel cambiara a ocupado, pero estaba demasiado absorto en otra realidad. Se escuchó otro sonido, se sacó los anteojos y se puso de pie. Caminó hasta la entrada, levantó la vista y al ver quién

estaba del otro lado habilitó su ingreso con un simple pestañeo. La puerta descendió y desapareció entre las baldosas.

—Estaba con una mujer.

—Sí, claro. —Largó una carcajada—. ¿Con quién estabas? —Agarró los anteojos de encima de la mesa y se los puso.

—¿Qué mirás? —Le dio un manotazo para que no espíara.

—Si se enteran que simulabas con una nena te matan. —Apoyó los lentes donde los había encontrado.

—No digas esas cosas. —Frunció el ceño—. Además, no es una nena —se limitó a contestar y tomó asiento.

—Está en época de cultivo. —Los volvió a agarrar y se los alcanzó—. Guardalos —agregó.

—Es una proyección vieja —dijo; los agarró, se levantó la camisa y los guardó en el hueco metálico que tenía en lugar del estómago.

—¡Auch! —exclamó al ver la cavidad de su amigo—. Al menos sirve para que las mujeres no se escapen.

—¡Ja! —Se volvió a acomodar la ropa—. Ya vas a tener que cambiar algo más útil. —Bajó la vista.

El más joven largó una carcajada que terminó en tos, se golpeó el pecho e inhaló profundo.

—No me los voy a cambiar. —Volvió a golpearse el pecho—. ¿Para qué?

—¿Cómo para qué?

—No procesás comida, no necesitás dormir. —Volvió a toser—. No soy como vos. —Se acuclilló y se escucharon sus rodillas faltantes de aceite—. No quiero cien años más...

—Pero vas a...

—Morir —lo interrumpió, antes de que buscara algún sinónimo.

—No digas eso.

—Mor...

—Andate —dijo y se puso de pie. Se acercó a la puerta y ésta se

abrió—. No quiero desertores en mi casa.

—¿Desertores? —Lo siguió hasta la entrada—. Lo que no querés es caer en la cuenta de que no somos inmortales.

—Andate.

—¿Qué? ¿Es un insulto decir que algún día vamos a morir?

—Hace cuánto no muere nadie?

—Dio un paso atrás y la puerta se cerró.

—¿Hace cuánto no sentís a una mujer?

—No es mi problema que ellas sí decidan desistir.

—Morir! —lo corrigió con un grito—. ¿Tanto te cuesta?

Volvió a dar ese único paso, la puerta se abrió y lo echó. Fue hasta el sillón, se sentó y volvió a ponerse los anteojos, buscando recordar al menos cómo había sido su mujer.

© ROCÍO SALA ESPIELL, 2014.

ROCÍO SALA ESPIELL
(Argentina —Buenos Aires, 1992—)

Estudia Letras y Artes Audiovisuales en la Universidad Nacional de La Plata. Desde muy chica empezó con ideas plasmadas en papel que la ayudaban a traspasar los problemas típicos de la niñez y la adolescencia. Continuó produciendo cuentos cortos y desde hace ya algunos años intenta aprender lo que es la producción de novelas.

Participó en revistas digitales como **Cosmocápsula**, **La Oveja Eléctrica** y **Mil Inviernos**, además de la constante publicación de material en "Words of Dew", su página personal (www.facebook.com/WordsofDew/).

LA NIÑA Y LA CANCIÓN

DANTE GALUZ

El viento llora en medio de la noche. Los árboles murmuran mientras sus hojas bailan bajo el resplandor de la Luna. El viejo sauce golpea la ventana y despierta a la niña.

Las sábanas se agitan y Tike asoma la cabeza; una manita temblorosa lo sostiene. El perrito de felpa examina la habitación, pero la oscuridad es inescrutable ante sus negros e inertes ojos.

La niña no se atreve a mirar. El árbol golpea otra vez la ventana y Tike desaparece. La pequeña tiembla bajo las sábanas y abraza con fuerza a su perrito de felpa. Luego escucha una voz; es el murmullo del viejo sauce, el canto de sus hojas cuando son acariciadas por el viento.

Tike abandona su refugio; desafía a la oscuridad. La niña asoma la cabeza; apenas deja al descubierto la mitad de su rostro. Sus ojitos miran hacia la ventana. Sobre la cortina

se proyecta la sombra del viejo sauce; parece un espectro condenado a la eternidad del mundo.

El árbol se inclina y roza el cristal.

—No seas miedoso, pequeño Tike; sólo es el viejo sauce que no puede dormir. —Ella se levanta, abraza con fuerza a su perrito de felpa y se acerca a la ventana—. Buenas noches, mi viejo y querido sauce. —Recuerda que se metió a la cama sin haberle dado a su amigo las acostumbres *buenas noches*; piensa que por eso él ha interrumpido sus sueños.

La niña sonrío; luego bosteza. Se dispone a regresar a la cama, pero escucha otro golpe. Esta vez no es el viejo sauce quien lo ocasiona. Ella lo sabe; está segura de que su amigo no insistiría en no dejarla dormir. Lo sabe y abraza con más fuerza a Tike.

Hay otro golpe, producto de un ser nocturno e invisible que no quiere